

## Más de cien años de estudio de los lectores

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA

Para Ma. Trinidad Román Haza

*La problemática sobre los lectores y la lectura no cambia por el hecho de que las circunstancias cambian.*

**E**l interés por abordar el estudio de los lectores se debe a la importancia de éstos en el proceso epistemológico de la Bibliotecología, en particular, durante las primeras tres décadas del siglo XX. Los lectores han sido objeto de intensos debates y centro de las primeras reflexiones destinadas a formular una filosofía y una ciencia bibliotecológica, así como en la definición de la función social de las bibliotecas y los bibliotecarios, por tanto se han empleado diversos enfoques y métodos para conocer las actividades que comprenden a la lectura en las comunidades. Entre los pioneros que iniciaron los debates y las primeras pesquisas científicas de ese primer tercio de siglo, destacan tres bibliotecarios: el ruso Nikolai A. Roubakine (1862-1946), el alemán Walter Hoffman (1879-1952) y el estadounidense Douglas Waples (1893-1978), además de una lideresa de la educación soviética: Nadezhda Krupskaya (1869-1939). Desde luego, muy importantes han sido también las contribuciones de otros personajes contemporáneos y posteriores a ellos, pues han enriquecido el conocimiento científico y metodológico de las prácticas de lectura y, con ello, el avance de la Bibliotecología y la orientación de su práctica.

En este texto presentaremos un recorrido por los estudios sobre la lectura con el propósito de destacar que la necesidad de la comunidad bibliotecaria de construir conocimiento sobre la lectura y los lectores modificó las conservadoras concepciones medievales y decimonónicas sobre el papel de la biblioteca, el libro y la actividad lectora, lo que propició un cambio teórico trascendental en las metodologías de estudio de los lectores y forjó nuevas concepciones respecto a los vínculos y la función social de los bibliotecarios; asimismo, repercutió en la formación de los bibliotecarios en el tronco de una capacitación pragmática y técnica, así como en los estudios universitarios y de posgrado, además impulsa su integración a la investigación. Todo ello marcó un hito en la epistemología vinculada con las prácticas lectoras, por ello, la Bibliotecología ha empezado a insertarse en el ámbito de las ciencias humanas y sociales del siglo XX.

En el presente documento se sigue la evolución de los estudios sobre la lectura desde un poco antes del siglo XX hasta el que ahora des-  
punta. En ese largo periodo identificamos tres grandes momentos en que se produjeron significativos cambios de conceptos, métodos y finalidades, y en que surgió la necesidad de conocer con mayor certidumbre y profundidad los comportamientos de los lectores:

## I.

La socialización de la lectura, el libro y las bibliotecas en el siglo XIX. A esta etapa corresponden los primeros estudios científicos sobre los lectores. La revolución industrial y el arraigo de las ideas ilustradas establecen el imperativo de alfabetizar e instruir al pueblo. La lectura, convertida en condición *sine qua non* del progreso, se socializa para lograr, por medio del raciocinio y ya no de la revelación, el avance cognoscitivo del individuo y de la colectividad. Se intensifica la creación de escuelas y bibliotecas y la producción y distribución editoriales alcanzan mayores márgenes de libertad. Surgen nuevos públicos lectores.

En el ámbito bibliotecario prevalecen las certezas medievales sobre el poder transformador de los libros. La lectura de “buenos libros” se considera el medio idóneo para instruir al pueblo, en especial para

educar a los adultos mayoritariamente analfabetos, y también para elevar su moral y su cultura. Se despierta el interés por conocer los comportamientos lectores, en especial de los trabajadores y campesinos, y se llevan a cabo los primeros estudios al respecto. Precisamente en este periodo surgen en el ámbito bibliotecológico los primeros debates que cuestionan el empirismo y la subjetividad, así como los fundamentos ideológicos de los bibliotecarios prácticos, quienes pretendían conocer los comportamientos de los lectores exclusivamente a partir de datos relativos a la frecuencia de empleo de ciertas colecciones. También nace el empeño por corroborar las certezas respecto de la costumbre, en especial entre los adultos, de leer los considerados “buenos libros”. Se emprenden estudios científicos que tienen como finalidad profundizar en las dimensiones sociales y psicológicas de los lectores, aparte de medir lo que entonces se denominaba “hábitos de lectura”, así como los efectos de los contenidos de los textos en los lectores. Al mismo tiempo se empiezan a dar a conocer las diferencias entre los públicos lectores y, con ello, la complejidad y diversidad de las conductas lectoras. Las investigaciones aspiran también a determinar las relaciones entre los lectores, la lectura, la institución bibliotecaria y la industria editorial.

## II.

En la segunda mitad del siglo pasado, se fortalece la democratización y universalización del alfabeto, la enseñanza, la cultura, la lectura, el libro, la biblioteca y la información. En este periodo, la lectura ya no se concibe únicamente como un medio de instrucción, sino también como una actividad cultural. Al mismo tiempo, se crean organismos internacionales y regionales para garantizar igualdad de oportunidades a los ciudadanos en cuanto a acceso a la lectura, la escritura y la información. Aparecen los *Manifiestos de la UNESCO para la Biblioteca Pública* que expresan su misión dirigida a completar la de la escuela y desarrollar el gusto por la lectura entre los niños y los jóvenes, para formar adultos capaces de apreciar los libros y sacar provecho de ellos. Es decir, la biblioteca pública reafirma su papel como promotora de la lectura. En varias naciones esos *Manifiestos*

no producen los efectos deseados. Posiblemente esa haya sido una de las circunstancias que propiciaron el surgimiento de los animadores e impulsores del acercamiento a los libros de forma frecuente; la lectura, por tanto, se entiende más como un conjunto de actividades tendientes a promover un actividad de entretenimiento que como una tarea de estudio, apoyados por sectores culturales y editoriales, que incluso en algunos países sustituyen la ausencia de los bibliotecarios en esa labor.

Precisamente, los estudios sobre los lectores pierden importancia en el campo bibliotecológico ante los debates relativos a los fundamentos teóricos de la ciencia de la información, ya que estos pretenden dotar a esta disciplina de una clara identidad social debido a la creciente importancia de los servicios informativos, conforme al modelo UNISIST promovido también por la UNESCO. Se perfila la figura del usuario de la información como una entidad totalizadora de todos los públicos y las actividades de los ciudadanos.

En tanto en el ámbito cultural aparecen intensos temores en cuanto al futuro del libro, debido a la popularización de nuevos medios de comunicación y modelos de consumo, de manera que surge el interés por conocer el uso del tiempo destinado al ocio y el que se reserva específicamente a la lectura; por consiguiente, los lectores empiezan a ser considerados objeto de estudio de las ciencias sociales y motivo de encuestas impulsadas por los sectores oficial y privado. En las indagaciones sobre el libro, la escritura y la lectura, participan especialistas de las ciencias sociales, en especial historiadores. El estudio de la lectura se transforma por causa de algunos cambios epistemológicos, dado que la sociología, principalmente, conceptúa esa actividad como un proceso cultural y ya no sólo como tarea escolar.

### **III.**

Hacia finales del siglo XX, se observa la consolidación de la Sociedad de la información y el modelo global, así como el arraigo y la expansión de la tecnología informativa y comunicativa en diferentes actividades culturales, educativas, recreativas y comerciales. La Internet se

encuentra en un veloz proceso de socialización. Ciertos debates polarizan el medio impreso y el digital. Se siente la necesidad de formular declaraciones en defensa del libro. Se reconocen evidencias de que las capacidades de lectura se han debilitado pese a la notoria reducción del analfabetismo. Se adoptan medidas para desarrollar dichas capacidades y elevar la escolaridad de los ciudadanos. Al mismo tiempo organismos internacionales se arrojan la medición de las competencias fundamentales de la sociedad, entre ellas la lectura, y establecen nuevos indicadores. En la Bibliotecología, crece la necesidad de estudiar los procesos de automatización y virtualización. En cuanto a la lectura y los lectores resurge el interés por estudiarlos, con la finalidad de conocer y comprender las trayectorias lectoras del presente y de otras épocas. Algunos aspectos de la lectura se incluyen en los estudios de usuarios al igual que el análisis de las habilidades informativas.

Los estudios sobre lectores se emprenden desde nuevas perspectivas epistemológicas, pues se exploran los comportamientos sociales y psicológicos; el fenómeno del iletrismo, la escasa lectura, la frecuencia de las prácticas lectoras y los nuevos procesos de lectura generados por la tecnología digital, que propicia técnicas *híbridas*: vaivenes entre textos impresos y textos digitales y entre textos e imágenes. El estudio de los lectores se abre a teorías y metodologías sociales de carácter cualitativo procedentes de la Historia, Filosofía, Antropología, Sociología, psicoanálisis, Psicología, Pedagogía, Lingüística y Bibliotecología. Se fortalecen los enfoques inter y multidisciplinarios, y crecen en número los estudios comparados. Se dispone de más fuentes de datos derivados de mediciones y encuestas, e incluso llegan a formarse observatorios regionales y nacionales.

Un número creciente de gobiernos suscriben acuerdos regionales para emprender estudios sobre la lectura basados en mediciones nacionales exactas, específicas y profundas de los comportamientos lectores; asimismo para las bibliotecas, se indica realizar actividades de promoción de la lectura y de apoyo a la industria editorial.

El seguimiento de los estudios de la lectura ha sido posible gracias a cinco importantes fuentes que nos ofrecieron las pistas sobre el tema: la tesis de doctorado de Stephen Karetzky, publicada con el título *Reading Research and Librarianship. A History and Analysis*; la obra de

O.S. Chubarian *Bibliotecología general*; las aportaciones recopiladas por Bernard Lahire en su *Sociología de la lectura* y, especialmente, en el trabajo de Martine Pulaine “Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de la lectura en Francia en el siglo XX”, y dos trabajos de Anne Marie Chartier y Jean Hébrard, *Discursos sobre la lectura*, específicamente referido a conceptualizaciones de los bibliotecarios franceses, y *La lectura de un siglo a otro. Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, de un orden más general.

## EL INICIO DE LOS ESTUDIOS SOBRE LECTORES

Desde hace más de un siglo surgió el interés por conocer la relación entre individuos, lectura, libros y biblioteca, debido a que desde finales del siglo XVIII y la enorme expansión en el siglo XIX, tanto el proceso de alfabetización como el educativo comenzaron a socializarse no sólo entre niños y jóvenes, sino también entre adultos hasta entonces marginados de la cultura escrita. Al mismo tiempo, la actividad bibliotecaria y la editorial contaron con una mayor libertad y lograron expandirse para proponer productos editoriales destinados a los nuevos públicos lectores, en especial en algunas naciones de Europa y del continente americano. Entre los aspectos que suscitaban mayor interés se contaba la lectura realizada por adultos considerados poco experimentados y desconocedores de los “buenos libros” que se juzgan indispensables para asegurar una educación moral y cívica, y al mismo tiempo para desarrollar la inteligencia. Desde luego, la noción de “buen libro” varía de acuerdo con la ideología conservadora o liberal que se profese; sin embargo, tanto una como otra coincidían en el intento de combatir lecturas juzgadas nocivas y distribuidas por comerciantes en las comunidades de campesinos y trabajadores. También fueron objeto de mucha atención los nuevos mecanismos de los que es posible echar mano para socializar el libro, como el préstamo bibliotecario y la lectura en voz alta. En esas circunstancias, determinadas agrupaciones religiosas y laborales se preocuparon por formar colecciones de “buenos libros” y posteriormente crear con ellas biblio-

tecas populares y públicas que sirvieran como instrumentos para que los nuevos lectores trabaran contacto con textos de evidentes fines didácticos y moralizantes. La idea era que el lector tuviera una orientación, que fuera un lector acompañado.

En 1839, ante las dificultades para obtener datos al respecto, se realizó en Francia un estudio sobre el estado de las bibliotecas destinadas al pueblo. Gracias a ello se empezaron a sistematizar las estadísticas relativas a los préstamos efectuados por las bibliotecas escolares, que hasta entonces eran más bien estantes de libros para uso extensivo a los adultos. Los informes obtenidos con la nueva investigación se consideraron fuentes de datos para conocer las costumbres de los habitantes de zonas rurales relativas a la lectura. Como ya indicamos, se tenía la certeza de que los “buenos libros”, además de instruir a los adultos, también elevaban su moral y con ello edificaban su alma, pues alentaban el comportamiento generoso y la conducta ejemplar en el desempeño del papel de padres, madres, hijos y esposos, e incluso los alejaban de las tabernas. La lectura se consideraba, pues, en algunas encuestas sociales, desde la perspectiva ideológica del poder transformador de los “buenos libros”, y por ello había interés por conocer el efecto que esos textos causaban en los lectores. Tal forma de considerar el asunto se prolonga hasta muy entrado el siglo XX.

En general, los primeros estudios sobre la lectura realizados por bibliotecarios de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia se basaban en la cuantificación del número de préstamos y a partir de ello derivaban inferencias sobre los comportamientos de los lectores. Entre los iniciadores de este tipo de investigaciones tenemos en Francia, en 1877, al barón de Wateville, presidente de la Comisión de Bibliotecas del Ministerio de Instrucción de su país, a quien se le encomendó la realización de una encuesta en las bibliotecas escolares. El funcionario decidió hacer un balance de 11 años, de 1866 a 1877,<sup>1</sup> y sus resultados revelaron que las colecciones eran insuficientes y habían envejecido, y que los bibliotecarios manifestaban poco interés

---

1 A.M. Chartier y J. Hébrard, *La lectura de un siglo a otro. Discursos sobre la lectura (1980-2000)*. España: Gedisa, 2002. p. 127-128.

por el público. Durante los años abarcados por el estudio, según las estadísticas de préstamos, habían circulado ocho millones de volúmenes. La conclusión inmediata del barón fue muy optimista, pues consideró que esas bibliotecas habían formado de manera homogénea a un nuevo público lector. Sin embargo, después modificó esa idea, pues, cuando tuvo una representación cartográfica de los datos, observó que la población del norte y el este del país leía considerablemente más que la del sur y el oeste. De ello dedujo que había cuestiones antropológicas, económicas y políticas mezcladas en el asunto –Max Weber relacionó la actividad lectora con los pobladores protestantes de esas regiones francesas, gente que se distinguía por ser más trabajadora. Leer, afirmó, es trabajo–.<sup>2</sup> No obstante, el barón de Wateville se enfrentaba a evidencias engañosas, porque los más alfabetizados y educados leían novelas, la mayoría de ellas baratas, de mala calidad y contenido pobre; según el funcionario, ello no ocurría porque tal material les gustara, sino porque éste era el único disponible para leer, y si la gente tuviera al alcance de su mano obras de ciencias y técnicas despreciarían esos “frutos venenosos salidos de mentes mercantiles”.<sup>3</sup> Esta afirmación de Wateville es interesante, puesto que décadas más tarde el estadounidense Douglas Waples la formularía también a partir de sus propios estudios científicos y todavía más tarde Jesse Shera coincidiría igualmente con ella. Sorprende además que el mismo barón, en el Congreso de Bibliotecarios celebrado en Londres en 1877, haya rechazado una moción de la asamblea que pretendía reunir votos en contra de la lectura de obras de “imaginación”. Él mismo, después de la encuesta de bibliotecas escolares, conocía una realidad distinta y por ello se atrevió a oponerse a aquella iniciativa, e incluso formuló una especie de regla: “la regla constante, señores, es la siguiente. Cuando se funda una biblioteca, se leen primero las novelas, luego las narraciones de viajes, luego las biografías, luego las obras de historia; cuando se han agotado los libros de esta categoría, puede decirse que el gusto por la lectura ha

---

2 *Ibid.*, p. 129-130.

3 *Ibid.*, p. 130.

sido inculcado a los habitantes. Las novelas son la carnada y los anzuelos con que se atrae y se atrapa a los lectores”.<sup>4</sup>

En la Rusia del siglo XVIII surge el interés de crear bibliotecas públicas y con ello un nuevo pensamiento bibliotecario, ya no orientado a reunir y conservar una colección de libros, sino a promover su uso entre los lectores. El destacado científico, poeta e historiador Mikhail Lomonosov fue uno de los primeros que se manifestaron respecto a la nueva tarea de las bibliotecas como “focos de difusión de los conocimientos científicos”.<sup>5</sup> A lo largo del siglo posterior, el pensamiento bibliotecario subrayó la necesidad de introducir transformaciones democráticas para que toda la población tuviera acceso a las bibliotecas y los lectores disfrutaran de los beneficios del trabajo educativo y cultural. Desde entonces, las reflexiones sobre la función social de las bibliotecas, desde la perspectiva de la actividad bibliotecaria, como servicio nacional de difusión del conocimiento científico no se detuvieron.

Hacia finales del siglo XIX, aparecen las primeras aportaciones de Nikolai A. Roubakine, cuyo pensamiento resulta singular por sus avanzadas concepciones y sus fundamentos teóricos sobre la función social de la biblioteca, a la cual consideraba responsable de propagar la mejor literatura; además, consideraba indispensable estudiar los intereses de los lectores para orientar la mejor conformación de los acervos. Por eso puede considerarse a este pensador uno de los más importantes forjadores de la biblioteca moderna. Sus detractores, situados del lado de las filas revolucionarias, lo criticaban por tratar de introducir en la Biblioteconomía posturas apolíticas y actitudes tolerantes ante ideas diferentes, e incluso lo consideraban un burgués ecléctico e idealista. Hacia 1889, Roubakine diseñó un programa prospectivo centrado en la circulación de los libros prestados por las bibliotecas. Ello dio lugar a lo que podríamos llamar la primera encuesta de corte sociológico en Rusia sobre la lectura: denominada *Estudios sobre el público lector ruso*, aparecida en 1895,<sup>6</sup> obra que

---

<sup>4</sup> *Ídem*.

<sup>5</sup> O.S. Chubarian, *Bibliotecología general* // trad. Antonia Tristán Pérez. La Habana: Ministerio de Cultura, Científico-técnica, [198?]. p. 20

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 80.

abarcó todas las capas de la población, se basó en el método experimental y pulsó las necesidades del lector en un contexto donde el espíritu revolucionario en auge impulsaba la instrucción del pueblo.

Cabe destacar que entre los primeros estudios sociológicos sobre lectores que se conocen figura el del sociólogo francés P.G.F. Le Play, quien a mediados del siglo XIX realizó una encuesta entre obreros e incluyó en ella el tema de los hábitos de lectura.<sup>7</sup> Otra investigación similar, realizada en Inglaterra, fue obra de Charles Booth, quien en 1903 llevó a cabo una encuesta denominada *The Survey into Life and Labour in London*,<sup>8</sup> donde, entre otros diferentes aspectos, examinó las costumbres de los trabajadores en materia de lectura y las características de lo que leían.

En Estados Unidos, la biblioteca pública se creó para atender y orientar, mediante sus funciones educativas, a los nuevos públicos lectores, en especial a la población adulta. Por ello, los bibliotecarios reconocieron la necesidad de conocer a la comunidad que atendían. En 1896, Maria Cutler recomendaba, como elemento formativo esencial del bibliotecario, el estudio de su medio social, ya que sólo así podrían abrirse caminos de comunicación entre la biblioteca y las personas. Leon M. Solis-Cohen realizó el primer estudio entre inmigrantes judíos que utilizaban la sucursal Brownsville de la Biblioteca Pública de Brooklyn. Su estudio “*Library Work in the Brooklyn Ghetto*” se publicó en el número 33 de *Library Journal*, en diciembre de 1908. En ese artículo, el autor afirmaba que los bibliotecarios deben preocuparse por aprender historia, cultura, religión, política, educación, valores, ocupaciones, intereses y estilo de vida de inmigrantes y nativos, jóvenes y adultos, residentes urbanos y rurales, ricos y pobres, usuarios o no usuarios, alfabetizados y analfabetos. Su singular investigación, considerada de carácter empírico, se reconoce como el primer estudio de

---

7 J.I. Garrigós Monerris, *Pierre-Guillaume-Frédéric. Le Play, 1806-1882: biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas*. [En línea] <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=6459&ext=pdf&portal=0>> (Tesis) [Consultado: 18/03/07]

8 *Charles Booth and the Survey into Life and Labour in London (1886-1903)*/Research Support Libraries Programme. [En línea] <<http://booth.lse.ac.uk/>> [Consultado: 22/03/07]

orientación sociológica cuyo objetivo consistió en mejorar el servicio bibliotecario para toda la comunidad sin hacer ninguna distinción.<sup>9</sup>

El interés por brindar atención al público generalizó el deseo de conocer con mayor amplitud a la comunidad y las prácticas de lectura y hacia 1920 aparecieron declaraciones frecuentes al respecto. Así, entre otros ejemplos, Asa Wynkoop, considerado el más importante impulsor del desarrollo de las bibliotecas públicas de Nueva York, señalaba que “la gente para ser servida debía ser estudiada con detenimiento y minuciosidad”.<sup>10</sup> Esta bibliotecaria, mediante la conversación informal y la observación constante, llevó a cabo un importante estudio empírico, aunque sistemático, de los públicos en la Biblioteca Pública de Nueva York. Por su parte, Ethel McCollough avanzó un paso más al afirmar que, para llevar libros a los públicos que no acuden a la biblioteca, es necesario conocerlos y comprenderlos; ello implicaría, por tanto, el análisis de factores sociales, económicos, educativos y familiares de la comunidad, y no únicamente el estudio de la circulación de los libros. Esta bibliotecaria organizó y echó a andar el primer servicio bibliomóvil; además, aprovechó diferentes recursos para promover la biblioteca: carteles, reportajes en periódicos, señaladores de lectura para libros y presentaciones de obras. Asimismo, invitaba al público a utilizar las salas de reuniones para sus actividades.<sup>11</sup>

## EL ESTUDIO DE LECTORES INAUGURA LOS DEBATES EPISTEMOLÓGICOS DE LA BIBLIOTECOLOGÍA

En los albores del siglo XX, la educación, en especial la de los adultos, constituyó una de las prioridades para una sociedad que experimentaba serios cambios debido a que la producción industrial se

---

9 J.H. Sarling y D.S. Van Tassel. *History of Community Analysis*. [En línea]  
<[http://skyways.lib.ks.us/pathway/ca\\_history.html](http://skyways.lib.ks.us/pathway/ca_history.html)> [Consultado:18/03/07]

10 S. Karetzky. *Reading research and librarianship. A history and analysis*. Connecticut: Greenwood Press, 1982. p. 4

11 *History Of Evansville Vanderburgh Public Library*. [En línea]  
<<http://www.evpl.org/NewBuildings/history.shtml>> [Consultado:18/02/07]

expandía y desplazaba cada vez más las formas tradicionales de trabajo, especialmente las basadas en la mano de obra de artesanos y campesinos. Asimismo, desde la centuria anterior las campañas de alfabetización multiplicaban el número de lectores y la actividad editorial se acrecentó y diversificó para adecuarse a los nuevos públicos lectores, con necesidades y características diferentes de las que correspondían a los eruditos. Los responsables del funcionamiento de las bibliotecas públicas se vieron precisados a extender y variar sus servicios para ofrecerlos a una gama cada vez más heterogénea de públicos lectores, surgidos por circunstancias como las siguientes:

- ❖ Universalización progresiva de la alfabetización y la educación.
- ❖ Incremento del número y diversidad de públicos lectores.
- ❖ Fortalecimiento de la función social de la biblioteca pública.
- ❖ Incorporación al campo bibliotecario de especialistas de las ciencias sociales y naturales, y en general de personas provistas de una formación en que predominaba su preferencia por el método científico.
- ❖ Avance progresivo de la profesionalización en el campo de la Bibliotecología y en los estudios de posgrado de esta disciplina, así como en la formación de grupos de investigación bibliotecológica.

En el curso de la primera década del siglo pasado, entre los bibliotecarios empíricos se fortaleció la convicción humanista de brindar un servicio social, y su tarea se asumió como la propia de misioneros cuya responsabilidad consistía en ampliar cuanto fuera posible el acceso a los libros y a la lectura, en especial entre los sectores más pobres. Surgió entonces en ellos el interés por conocer a sus comunidades, aunque sus indagaciones revelan todavía formas subjetivas de escudriñar las preferencias de los lectores, pues se fundan en la circulación de los acervos de “buenos libros” destinados a la instrucción; por lo mismo, los bibliotecarios, al investigar, consideraban aparte las obras de ficción. Paulatinamente, su atención, inicialmente centrada en los acervos, pasó a las preferencias de los lectores y a la localización geográfica de las bibliotecas. Luego, incorporaron en sus informes anuales los datos reunidos de acuerdo con esos criterios. Para su gran sorpresa, la demanda correspondiente a los libros de ficción superaba con mucho la de los libros considerados

“buenos”. Hallazgos como éste empezaron a provocarles dudas y los indujeron a determinar con mayor precisión la clase de público al que la biblioteca servía y la influencia que ésta ejercía en la comunidad, además del efecto de los libros en la conducta de los lectores.

En tanto, en Rusia, el movimiento revolucionario que fue cobrando vigor durante el siglo XIX generó nuevas ideas y acarreó más intensos debates filosóficos y científicos en lo concerniente a las tareas de los bibliotecarios, quienes debían fijar su postura en un escenario político muy polémico. Pese a ello, determinaron que su función social tenía un importante sentido cultural: debían extender el acceso a la lectura, promover y fortalecer el autodidactismo, orientar a los lectores, formar hábitos de lectura y capacitar a los lectores, todo ello en abierta oposición al control que las autoridades zaristas pretendían imponer en cuanto al acceso al libro y la lectura. Una de las voces que destacan en tal contexto es la de Nikolai Roubakine, según el cual, más importante que contribuir al progreso de una Bibliotecología ideológica era dotarla de un pensamiento científico.

En los primeros años del siglo XX, en la turbulenta Rusia, las personalidades más progresistas de la comunidad bibliotecaria, ya notables desde la segunda mitad de la centuria anterior, fundaron la Sociedad de Bibliotecología y en 1910 comenzaron a editar la revista *El Bibliotecario*. En 1911, celebraron el Primer Congreso de Biblioteconomía, que convocó a todos los bibliotecarios de Rusia. Sus debates se centraron en lo relativo a la importancia social de las bibliotecas populares y al papel de los bibliotecarios. Es en ese periodo prerrevolucionario cuando se sientan las bases de la Bibliotecología científica. En suma, la teoría rusa en la materia, gestada a mediados del siglo XIX, progresa aun en los tiempos más críticos. Uno de los temas al que se reservó lugar prominente fue el de los estudios de la lectura y los lectores, pues, como señala Chubarian, en esa época del desarrollo del capitalismo y en la etapa democrático-burguesa de Rusia surgió una tendencia natural a estudiar al pueblo, a esclarecer su situación, a profundizar en su concepción del mundo y en sus necesidades. Incluso Roubakine afirmaba que el estudio experimental de los lectores se había iniciado en Rusia, ya que investigaciones sobre diferentes asuntos se habían emprendido ahí:

acerca de la circulación de libros, de la lectura y de los lectores.<sup>12</sup> Podemos afirmar que este interés también se manifestó en otras naciones donde se hallaba en pleno apogeo el desarrollo industrial, se avanzaba hacia la democracia y, por tanto, el pueblo cobraba importancia en el marco de una nueva economía e ideología; precisamente a finales del siglo XVIII el pueblo, antes ignorado, empieza a ser nombrado, a hacerse visible, a tornarse enigmático.

En cuanto a Francia, en 1907, un discurso pronunciado por el secretario general de la recién creada Asociación de Bibliotecarios Franceses (ABF) representaba el ala vanguardista entre los grupos cuyos debates se publicaban en la revista de ese organismo, relacionados, entre otros aspectos, con la función social del bibliotecario y la toma de posición respecto a la lectura pública. Aquel representante afirmaba que las bibliotecas han sido creadas para el público, de manera que su conservación sólo tiene sentido si se usan los libros que ellas resguardan; por tanto, se pronuncia de manera muy crítica contra intelectuales que ocupaban de manera honorífica los puestos directivos de las bibliotecas, y que estaban dedicados a realizar sus investigaciones personales. Con el afán de ilustrar la diferencia y descubrir lo que debía ser un verdadero bibliotecario, mediante una definición que, por cierto, no lo favorecía mucho, pues según ella no debía emular a los eruditos ni tenía que realizar trabajos originales, ni contribuir al conocimiento del libro; tampoco había de considerarse educador, filósofo, sociólogo, pensador o apóstol. En cambio, su competencia profesional resultaría de una combinación de saber técnico, cultura general y profundo conocimiento de los lectores, ante los cuales tendría que manifestarse invariablemente respetuoso, pues no pretendería orientar sus proyectos de lectura y únicamente contribuiría a que éstos se realizaran, mediante la selección adecuada de los libros que requirieran para instruirse.<sup>13</sup> Los debates celebrados en el seno de la ABF sobre la lectura pública se intensificaron hacia 1915, cuando ya se hablaba de que la lectura era para distraerse, instruirse e informarse. Para entonces, al mismo tiempo, los

---

12 O. S. Chubarian. *Op. cit.*, p. 27.

13 Cf. *Ibid.*, p. 153-155.

bibliotecarios admiraban las modernas bibliotecas públicas estadounidenses, concebidas no para almacenar y resguardar libros sino para propiciar eficazmente las tareas de los lectores. La discusión continuó e incluso se extendió hasta los profesores, a los que se juzgaba antagonistas porque presuntamente ellos eran los responsables de los problemas de lectura padecidos por la población a la que formaban. En suma, las preocupaciones de los bibliotecarios franceses de las primeras décadas del siglo XX se orientaban sobre todo a los aspectos prácticos de su actividad profesional, mientras que a los miembros de la American Library Association (ALA) les parecía indispensable adquirir una nueva formación profesional que incluyera estudios de posgrado y basar sus tareas en investigaciones científicas destinadas a conocer a cada comunidad, pues sólo así podrían participar de manera eficiente en la formación de la gente educada requerida por el país.

Mientras eso sucedía en Francia, en Alemania, hacia 1909, también se discutía sobre ciertas deficiencias de las actividades de los bibliotecarios relacionadas con la selección y circulación de los libros de las bibliotecas públicas, consideradas de capital importancia por algunos de ellos, como el destacado Walter Hoffman. Éste comulgaba con la idea de que las colecciones debían responder a las necesidades de la educación y por tanto juzgaba indispensable seleccionar libros de alta calidad y hacerlos circular entre las personas. Hoffman realizó sus primeras investigaciones sobre la lectura entre 1909 y 1913. Además, impulsó una filosofía bibliotecológica y concibió nuevas posibilidades de las bibliotecas. Sus aportaciones, derivadas de sus estudios científicos sobre la lectura –indagaciones que consideraba indispensables para el avance de su disciplina–, las publicó en una obra posteriormente traducida al francés como *Psychologie des pro-létariats*.<sup>14</sup>

En el otro lado del Atlántico, en Estados Unidos, durante los primeros veinte años del siglo XX, se registran debates celebrados entre los miembros de la comunidad graduada de Bibliotecología, en espe-

---

14 S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 295.

cial de la Escuela de la Universidad de Chicago, liderada por Douglas Waples, quien diseñó un programa de investigación de largo alcance sobre los lectores en el que contribuyeron, mediante sus tesis doctorales, varios de sus alumnos, quienes se destacaron por su prestigio científico y ejercieron una influencia que llegaría al seno de la ALA. Waples revisó muy críticamente, en particular, la práctica de los bibliotecarios y los métodos utilizados en los estudios de los lectores. Entre 1900 y 1930, se observa una transformación en las prospecciones empíricas de los lectores y paulatinamente proliferan los análisis científicos en las escuelas universitarias de bibliotecología. El tema de los lectores se examina de manera cada vez más seria y ello conduce a los bibliotecarios a reflexiones profundas, a definiciones cada vez más precisas de los fundamentos teóricos y filosóficos de la Bibliotecología, de las funciones y tareas de la biblioteca y los bibliotecarios y a la adecuada inserción de sus servicios en el proceso social.

En la Gran Bretaña, a pesar de ser una de las cunas de la biblioteca pública, el estudio de los lectores no aparece en el discurso bibliotecario sino hacia 1924. En ese año, durante una conferencia de bibliotecarios celebrada en Glasgow, el director de la Biblioteca Pública de Edimburgo, Ernest A. Savage, pronunció un discurso donde advertía de la necesidad de llevar a cabo investigaciones objetivas sobre la lectura y proponía un nuevo tipo de estudio, de carácter mixto: se trataba de examinar las costumbres lectoras, es decir la naturaleza de los préstamos de libros registrados en las bibliotecas, por un lado con métodos estadísticos, conforme a la tabulación por áreas de circulación, y por otro mediante observación de los lectores y entrevistas con ellos. Savage consideraba que de ese modo sería posible conocer cómo se usaban los libros y obtener un panorama del trabajo realizado por los bibliotecarios. Los resultados de estos estudios podrían orientar la selección de los libros, demostrar el efecto de la palabra escrita y comprobar el importante papel de las bibliotecas en la circulación de ciertas obras. Entre los diversos problemas vinculados con la lectura, Savage dedicaba especial atención al de la disponibilidad de textos, pues opinaba que si se ofrecían buenos libros en todas las áreas y se realizaban ciertas campañas de propaganda, se ampliaría la demanda del público. Doce años después, el presidente de la Asocia-

ción de Bibliotecarios Británica pronunciaba uno de sus mejores discursos. Un teórico de la Bibliotecología inglesa, Lionel R. McColvin (1896-1976), al que se consideraba una de las figuras más notables de esa disciplina,<sup>15</sup> defendió durante las décadas de los veinte y los treinta la idea de investigar la conducta lectora sobre la base de las clases sociales. En su libro *Theory of Book Selection for Public Libraries*, publicado en 1925, presenta un esquema conceptual de la Bibliotecología donde el estudio de la lectura es una parte medular, pues a su parecer en la selección de libros debían conjugarse dos elementos: la oferta y la demanda. McColvin contribuyó a difundir los primeros estudios sobre la lectura realizados en Estados Unidos, aunque sus ideas influyeron a su vez en las concepciones de Waples.

Hacia los años treinta, en el seno la Bibliotecología británica surgió un debate que ocupó buena parte del tiempo de los profesionales. Las puntualizaciones de James Wellard respecto a la necesidad de convertir esa disciplina en una ciencia social suscitaban críticas de estudiantes jóvenes que obtenían su grado después de pasar nueve meses en el Colegio de Bibliotecología, en comparación con los bibliotecarios practicantes, que reunían años de experiencia. Al mismo tiempo, se consideraba que la nueva Bibliotecología no debería basarse tanto en obras y aspectos literarios y que en cambio habrían de introducirse en ella aspectos sociológicos, puesto que los profesionales lidiarían con personas antes que con libros. Igualmente, se llegó a plantear que la eficiencia de los estadounidenses se conseguía a merced de una deshumanización de los servicios bibliotecarios. Wellard veía con cautela los estudios sobre la lectura, puesto que los bibliotecarios no estaban de acuerdo con la investigación ni con los métodos científicos, pero consideraba que los bibliotecólogos británicos habían avanzado más que los de Estados Unidos en cuanto a conceptos teóricos y legales.

---

15 Alistair Black. *National Planning for Public Library Service: the Work and Ideas of Lionel McColvin*. En *Library Trends spring*, 2004.. [En línea]  
<[http://findarticles.com/p/articles/mi\\_m1387/is\\_4\\_52/ai\\_n7074038](http://findarticles.com/p/articles/mi_m1387/is_4_52/ai_n7074038)>  
[Consultado:21/02/07]

Las condiciones para estudiar la lectura en las bibliotecas británicas no eran tan propicias como en Estados Unidos, pues los investigadores no recibían financiamiento, no disponían de tiempo suficiente para realizarlas y contaban con escaso personal para el mismo efecto; además, en ese país se atendía a un público menos numeroso. Según otro bibliotecario, W.A. Munford, las bibliotecas públicas tenían un potencial enorme de materiales de lectura e información de utilidad para la vida cotidiana de las personas, incluida la instrucción para hacer el amor, por lo que juzgaba importante desarrollar investigaciones que ofrecieran una medición amplia de la lectura. Asimismo, le parecía indispensable conocer los efectos sobre la lectura de ciertas instituciones: escuela, familia, trabajo, iglesia y clubes. Pensaba, además, que las investigaciones sobre la lectura permitirían saber qué tanto había contribuido la biblioteca al desarrollo y la civilización.<sup>16</sup>

Al igual que los bibliotecarios de otros países, los británicos se interesaban por saber si la gente leía obras de ficción, lo cual podía determinarse mediante los registros de préstamo, y realizaron estadísticas para conocer si la circulación de esos materiales se incrementaba. En realidad, muy pocos estudios se llevaron a cabo en ese país. Wellard consideraba que, si bien los propios bibliotecarios no podían desarrollar esas investigaciones, tenían la capacidad en cambio de brindar y difundir valiosa información, y que por ello sería conveniente que la Asociación de Bibliotecarios británica creara un instituto de estudios que abordara científicamente los problemas bibliotecológicos y convirtiera las bibliotecas en verdaderos laboratorios. Algunos diferían de los puntos de vista adoptados por los estadounidenses y consideraban, como W.A. Munford, que el mejor método para estudiar la lectura consistía en vivir en la comunidad objeto de análisis y que con ese fin los bibliotecarios deberían contar con conocimientos de Psicología general y social. Se afirmaba que a los británicos les disgustaban los cuestionarios, por considerarlos “un nuevo método de tortura”.<sup>17</sup> Además, esos instrumentos acusa-

---

16 S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 288.

17 *Ibid.*, p. 292.

ban obvias deficiencias, pues resultaba imposible responder adecuadamente ciertas preguntas y debido a ello la gente terminaba por no decir la verdad. En general, tales cuestionarios, si bien representaban una herramienta capaz de ofrecer algunos datos, no facilitaban la tarea de formular leyes acerca de la lectura ni resultaban útiles para discernir tendencias, que podrían caracterizarse como leyes sociales. Definitivamente, Wellard señalaba que los métodos científicos utilizados por los estadounidenses al examinar la lectura no respondían a las características ni a la problemática de la lectura, de manera que los bibliotecarios británicos deberían diseñar sus propios medios para explorarlas.

#### LOS ESTUDIOS CIENTÍFICOS DE LA LECTURA. LOS PIONEROS: ROUBAKINE, HOFFMAN Y WAPLES

En la medida que avanzaba la segunda década del siglo XX, el enfoque y los métodos científicos se arraigaban en las ciencias sociales, siempre en busca de resultados confiables para conocer y explicar las conductas de los lectores. Los bibliotecarios de Europa y Estados Unidos, como ya se indicó antes, fueron los primeros que los adoptaron y aplicaron en sus análisis. En lo que se refiere a la Unión Soviética, el bibliotecario Nikolai Roubakine se distingue, hasta donde se tiene noticia, por ser el pionero en la realización de estudios científicos sobre los lectores dentro de su país. Por otro lado, Karetzky señala a Walter Hoffman e identifica la influencia de sus propuestas filosóficas e investigaciones en el estadounidense Waples, quien incluso lo cita ampliamente en un artículo publicado en 1931.<sup>18</sup> Sin embargo, en este trabajo de Karetzky, no se señala la contribución de los estudios de lectores realizados en Rusia y sólo se mencionan las investigaciones que Roubakine emprendió una vez radicado en Suiza. Cabe pensar que Hoffman, simpatizante de las ideas socialistas, bien pudo estar enterado de los debates suscitados por los bibliotecarios rusos y los estudios de Roubakine y otros investigadores.

---

18 Cf. S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 296, 298.

Roubakine, físico-matemático, hijo de una mujer que trabajaba como bibliotecaria en una biblioteca rusa, la sustituyó en el cargo cuando ella murió. Precisamente entonces surgió su interés por examinar las conductas lectoras de los usuarios de ese centro. A Roubakine se debe un programa de estudios de los lectores rusos. Como señalamos antes, es el iniciador de un amplio plan de investigación al respecto y su encuesta ya citada le permitió formular planteamientos teórico-sociológicos y psicológicos de la lectura que luego serían la base de su teoría del autodidactismo, en especial para brindar a la población adulta lo que la escuela tendría que haberle dado de no haber estado privada de esa vía de enseñanza; así, Roubakine elaboró una recopilación bibliográfica de apoyo para la lectura autodidacta. Otra de sus líneas de trabajo la constituyeron los problemas psicológicos de la lectura y al examinarlos creó su famosa teoría de la bibliopsicología, donde concurren diversas disciplinas en la creación de una propuesta avanzada para su tiempo. Roubakine afirma que el contenido objetivo del texto no puede ser interpretado de la misma manera por todos los lectores, pues cada versión depende de las vivencias psicológicas de quien la elabora. Además, señala que el libro no es un transmisor, sino un estimulante del pensamiento, y por ello puso en cuestionamiento el papel del libro y la lectura como medios de formación de la conciencia social.<sup>19</sup> Sus proposiciones se consideraron idealistas y muy seguramente suscitaban discusiones intensas, ya que en su época la esperanza de instruir y transformar al pueblo se cifraba en el libro y la lectura.

Por su parte, Chubarian señala que la victoria histórica de la revolución proletaria se halla estrechamente relacionada con el desarrollo de la cultura del libro, y en especial con la divulgación de lecturas marxistas, pues en los discursos políticos la biblioteca se describía como un medio que parte del trabajo educativo-ideológico de las masas, lo cual no siempre coincidía con el pensamiento de los bibliotecarios. Cuando empezaron a desarrollarse teorías sobre la circulación de los libros, en 1901, destacó Babushkin, quien juzgaba falsas

---

19 Cf. O. S. Chubarian. *Op. cit.*, p. 29.

las afirmaciones de que al pueblo no le interesaba la lectura y responsabilizaba a las bibliotecas rusas de hacer todo por deformar la naturaleza del hombre. Otros pensadores coincidían con él y denunciaban que las bibliotecas parroquiales hacían circular literatura “pestilente” que oscurecía el pensamiento político popular. Hacia 1920, nació la teoría bibliotecaria soviética, contraria a las ideas inspiradas en el contexto democrático burgués. La Bibliotecología logró insertarse en las ciencias sociales. En ese marco, sobresalió Nadezhda Krupskaya, esposa de Lenin y lideresa en temas de educación a la que se considera una de las fundadoras de la teoría bibliotecaria soviética. Destacó por haber elaborado varios principios relativos a los estudios sobre lectores, puesto que en la Unión Soviética se consideró la lectura el medio masivo ideal para formar a un individuo multifacéticamente desarrollado en contra de las ideas burguesas que intentaban opacar la naturaleza social de la lectura y en contra de las diferencias individuales. En cuanto a los aspectos metodológicos, Krupskaya criticó las investigaciones “demasiado psicológicas”, pues sostenía que “nosotros debemos tomar al lector, no fuera de su tiempo y su espacio, sino en relación con el momento en que vive, en relación con el carácter de su situación laboral y doméstica”,<sup>20</sup> –en lo que constituía un claro ataque a la teoría de Roubakine–.

En la Rusia soviética fue Lenin el primero en reconocer y manifestar que la biblioteca se relaciona íntimamente con la sociedad, y así sembró la semilla de la que surgirían la Bibliotecología como una ciencia social y, además, el principio medular de la revolución cultural. Lenin consideraba que una buena biblioteca debería propiciar la circulación y uso de los libros, que éstos deberían ser socialmente útiles y no simples partes de una colección de libros por cuyo valor habrían de conservarse, la necesidad de emprender estudios sistemáticos sobre los lectores fue subrayada por el propio Lenin en 1902 y, sin embargo, seguramente en el pensamiento del líder revolucionario influyó su esposa, Nadezhda Krupskaya, como lo señalamos, experta en el tema de la educación muy interesada en las bibliotecas.

---

20 Cf. O. S. Chubarian. *Op. cit.*, p. 83.

Según Karetzky, ella desempeñó un significativo papel en la formulación de una filosofía bibliotecológica e impulsó los estudios sobre la lectura, en especial respecto a los intereses de los lectores, puesto que el modelo bibliotecario se dirige a ellos.<sup>21</sup>

Posteriormente, por cuestiones políticas, pues no comulgaba con las ideas socialistas radicales, Roubakine emigró a Suiza, donde, hacia 1922, consolidó su teoría bibliopsicológica, enfoque interdisciplinario del que se desprendió una singular metodología para estudiar la lectura.<sup>22</sup> Este autor intentaba conocer y demostrar no sólo el comportamiento social de los lectores, sino también los efectos de lo leído en el alma humana, a la que consideraba el receptáculo de la verdad. Conviene recordar que este pensador vivió en una época donde las aportaciones de la psicología rusa y del psicoanálisis iluminaban cada vez más aspectos de la psique antes oscuros. También en ese tiempo, algunos psicólogos, pese a las objeciones de otros científicos que rebatían sus descubrimientos, aunque recurrían a métodos propios de las ciencias exactas y naturales, buscaban diferenciar su actividad de éstas al atribuir mayor importancia al “quien” –en detrimento de la concedida al “que”–, es decir al sujeto, por tratarse de un ser eminentemente singular. Así, Roubakine, no obstante su procedencia del campo científico, afirmaba que “para la bibliopsicología el lector lo es todo”.<sup>23</sup> En igual sentido, señalaba que un libro es leído en función del que lo lee.<sup>24</sup> Su decisiva influencia impulsó la creación, en Ginebra, del Instituto de Bibliopsicología. Armado con sus conocimientos matemáticos, Roubakine diseñó un método basado en fórmulas para evaluar y conocer los efectos de los contenidos de los libros en la mente y el alma humanas. Además, sugirió un corpus bibliográfico conformado por obras consideradas clásicas que promoverían diferentes mediadores, entre ellos los bibliotecarios. En opinión de Roubakin, no habría quien se pudiera resistir a la lectura de esos textos, cuyo contenido se-

---

21 *Ibid.*, p. 303.

22 A. Signorini. *Las imágenes del lector fuerte en las investigaciones europeas*. [En línea] <[http://www.grinzane.net/AttiviOsserva2003\\_SPA.html](http://www.grinzane.net/AttiviOsserva2003_SPA.html)> [Consultado: 05/01/07].

23 *Ibid.*, p. 19.

24 *Ibid.*

ría un alimento para el alma capaz de humanizar a la sociedad e inducir a los individuos a pensar correctamente.

En tanto, en Alemania, W. Hoffman criticaba las concepciones de varios de sus colegas, quienes gastaban un discurso objetivo y profesional, aunque actuaban de manera contraria a él, pues discriminaban los libros y desdénaban su circulación. Hoffman, enérgico impugnador, como ya se indicó antes, y también un gran observador de su circunstancia, notaba que Alemania entraba en un veloz proceso industrial y democrático. Al reflexionar sobre la función vital de la biblioteca pública dirigida a atender las necesidades educativas en ese contexto, concluía que resultaba indispensable seleccionar libros de alta calidad y distribuirlos ampliamente, aunque ello no debería hacerse a partir de los juicios personales de los bibliotecarios, sino de evidencias sociales y psicológicas sobre los intereses, necesidades y capacidades de los lectores, y de las características de los distintos grupos sociales. Hoffman asignaba al lector el lugar central de su esquema y por ello juzgaba imprescindibles investigaciones científicas sobre ese elemento y sobre la lectura, con el fin de formular, a partir de ellas, una filosofía capaz de orientar la práctica y los servicios bibliotecarios.

Entre 1909 y 1913, ese pensador alemán llevó a cabo el primer estudio sobre la lectura. Él y sus colegas de la Biblioteca Pública de Leipzig, de la que era director, diseñaron un cuestionario que los lectores debían contestar antes y después de leer ciertos libros. Con ello pretendían conocer la utilidad que atribuían a esas obras. Con los datos obtenidos, Hoffman trazó perfiles de individuos y configuró grupos de lectores. Considerado un fanático entusiasta de la teoría de las bibliotecas públicas, ejerció una enorme influencia en la biblioteología alemana, pues logró que la lectura fuera la parte más importante de la práctica de esa disciplina, así como su objeto primordial de estudio. Gracias a ello, en 1928 se estableció, bajo la dirección del propio Hoffman, el Instituto para la Lectura y la Escritura, de la Oficina Central Alemana responsable de la Biblioteca Pública. Entre las funciones de ese organismo se incluían investigaciones sobre los intereses y hábitos de lectura, así como esfuerzos interpretativos de los resultados para seleccionar adecuadamente los libros con que se respondería a tales intereses y se promoverían dichos hábitos. En 1931,

se publicó una obra que alcanzaría enorme fama: *Die lektüre der Frau. Ein Beitrag zur Leserkunde und zur Leserföchrung*, investigación cuidadosamente sistematizada que analiza la circulación de los libros de la biblioteca pública. En cuanto se editó, llegó a manos del estadounidense Waples, quien empezaba a incursionar en el examen de la lectura y consideró que de ese trabajo bien podían derivarse principios sobre la conducta lectora y las actitudes de grupos de lectores homogéneos.<sup>25</sup>

Pero el trabajo de Hoffman llegó más lejos, pues tuvo aplicaciones en el diseño de nuevos modelos de catálogos descriptivos de diferentes bibliotecas, organizados de acuerdo con temas de interés para el público; además, las fichas que los conformaban contenían información de algunas partes de los libros tanto como de la obra íntegra. Con base en las aportaciones de Hoffman, se diseñaron catálogos para grupos específicos, como por ejemplo trabajadores y mujeres, con explicaciones sobre los contenidos de las obras recomendadas, fácilmente comprensibles para unos y otras. El mismo autor diseñó un programa de formación de bibliotecarios de instituciones públicas que se desarrollaría durante dos años; en el primero, se abordaría la teoría sobre bibliotecas y, en el segundo, la práctica bibliotecaria. Este curso ejerció notable influencia en escuelas de bibliotecología de Colonia y Austria, entre otras.<sup>26</sup> La labor de Hoffman, con tendencia socialista, declinó en la medida en que se fortaleció el movimiento nazi.

La Bibliotecología estadounidense imprimió un giro a la disciplina respecto de los lectores, la educación de adultos, la formación de graduados en Bibliotecología y los nexos de la biblioteca con la sociedad. Con el liderazgo de Douglas Waples se proyectó la investigación científica en especial sobre los lectores, con el propósito de formular un cuerpo de conocimientos conceptuales y metodológicamente cimentados, y de conseguir así que la disciplina fuera reconocida entre las ciencias sociales. En el periodo que va de 1930 a 1945, Waples realizó indagaciones donde aplicó teorías y métodos del campo de la Pedagogía y la Sociología. En sus estudios, buscaba identificar las

---

25 Cf. S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 297.

26 S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 296.

variables que influyen en los intereses de lectura y particularmente en lo que leen los adultos. Su filosofía social lo llevó a advertir que en las actitudes de 95 por ciento de los estadounidenses se reflejaba la influencia de lo que leían, y que por lo tanto para comprender a cabalidad dichas actitudes era indispensable conocer lo que la gente leía. Por otro lado, Waples manifestaba particulares sospechas sobre los efectos de la literatura de “escape” (ficción).<sup>27</sup>

Para Waples era indispensable diseñar políticas bibliotecarias fundamentadas en evidencias científicas de la situación social, siempre con énfasis en los lectores, concretamente para incrementar la lectura de los ciudadanos. Su famoso estudio publicado en 1931, en coautoría con su colega Ralph Tyler –investigador especializado en Pedagogía en la Universidad de Ohio–, *What People Want to Read About*, tuvo como antecedentes nutridas discusiones entre los dos autores por cuestiones metodológicas, en particular relativas al análisis estadístico avanzado, la organización de datos y la graficación usada en la Sociología. A diferencia de Roubakine, Waples dirigió sus análisis a grupos sociales, más que a individuos, aunque puso especial énfasis en aclarar que esto no reñía con la realidad en cuanto a que los bibliotecarios atendían individuos. Este autor concebía al grupo como una unidad de medida y lo caracterizaba en función de sexo, nivel de educación, ocupación, lugar de residencia, etcétera. Su estudio era más sociológico que psicológico, económico o antropológico, y por eso se lo consideró unidimensional. Pero según Waples el examen de los intereses de grupos de lectores ofrecía evidencias y confiabilidad estadística, además de permitir probar a los grupos, de manera que también introdujo la investigación experimental.<sup>28</sup>

Las evidencias obtenidas por Waples en un estudio que abarcó a 5000 personas constituyeron una significativa aportación. Entre lo más destacable de ella figura el diseño, con un enfoque multidisciplinario, de una estructura teórica para los estudios sobre la lectura en la que, además, se concibe a los lectores como un fenómeno social complejo por ser producto de la interrelación de múltiples variables

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>28</sup> S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 95.

sociales. Al comparar a los grupos, Waples identificó los intereses de los lectores y los factores que los determinan, pero también advirtió la notable discrepancia entre dichos intereses y lo que en realidad se lee. Como su examen no incluyó aspectos psicológicos, no logró obtener información relevante sobre las motivaciones lectoras; sin embargo, concluyó que, para todos los individuos estudiados, la lectura era unidimensional: un continuo que iba de leer para aprender hasta leer para olvidar –“reading to learn to reading to forget”–.<sup>29</sup> A partir de todos sus hallazgos, Waples formuló este principio: la gente lee lo que le parece interesante y significativo, lo que simplemente está a su alcance y lo que le resulta accesible, es decir lo que no rebasa su nivel de comprensión y que por ello juzga ameno.<sup>30</sup>

Al igual que a Roubakine, a Waples se lo consideró un idealista por suponer que era posible resolver los problemas de lectura en Estados Unidos. Cabe destacar que su entusiasmo por las bibliotecas públicas creció gracias a su visita a la Unión Soviética en 1932, pues entonces conoció la labor bibliotecaria y, aunque no estaba de acuerdo con algunas ideas sobre censura, coerción y propaganda que imperaban en aquel país, lo impresionó profundamente el papel de la biblioteca en la formación de los lectores y la importancia que se asignaba a esa institución en la sociedad soviética, en ese momento gobernada por Stalin.

Waples se manifestaba muy optimista, pues creía que los resultados de su investigación y la aplicación de sus conclusiones permitirían elevar la calidad e incrementar la cantidad de los lectores y de sus lecturas, y por ese motivo realizó grandes esfuerzos para difundir sus ideas. Sin embargo, pronto llegó a convencerse en el marco de las turbulencias de la guerra mundial y la depresión económica, que la gente tenía cada vez menos deseos de educarse. Incluso sus puntos de vista sobre las políticas bibliotecarias se tornaron más conservadores y su hostilidad ante los bibliotecarios creció porque en su opinión eran indiferentes a sus propuestas, no aprovechaban las aportaciones de su estudio y, debido a ello, el potencial educativo de

---

29 S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 98.

30 S. Karetzky. *Ibid.*, p. 99.

la biblioteca se diluía. Por eso Waples se dedicó más a desarrollar aspectos conceptuales y se mostró menos interesado en difundir sus avances. Hacia 1936, dictó un enérgico discurso en la Universidad de Chicago, donde declaró haber perdido la fe en las personas y se refirió a los efectos negativos de la baja calidad de la literatura y del uso de la prensa para exacerbar la crisis en su país, además de señalar que la batalla más bien debía librarse entre la gente y la prensa.

Waples afirmaba la necesidad de una reeducación permanente, es decir un largo proceso de autoeducación (idea de Roubakine que la UNESCO promueve desde 1949, en términos de educación permanente, educación para toda la vida y aprender a aprender), pero hacia 1939, totalmente escéptico y aun pesimista, reconoció la imposibilidad de educar a la gente mediante la biblioteca, en parte por los limitados recursos de ésta y en parte por la influencia de lo que el comercio de ediciones pone al alcance de todos. Sin embargo, su contribución teórico-metodológica al estudio de los lectores y sus propias investigaciones al respecto fueron muy significativas, pues demostró la importancia de su carácter científico; además, formó generaciones de bibliotecarios que realizaron importantes aportaciones para conocer los comportamientos de los lectores. Así, puede decirse que Waples marcó un hito en la Bibliotecología estadounidense, ya que estableció las bases para el desarrollo de una filosofía y una ciencia bibliotecológicas, y su influencia trascendió el tiempo y rebasó las fronteras de su país.

En la década de los cuarenta, creció el interés por conocer los valores sociales y morales que la lectura difundía. La depresión económica y la intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial impulsaron a cientos de lectores a las bibliotecas públicas, sobre todo para leer los diarios. Era natural entonces que surgieran inquietudes en cuanto a los efectos de la lectura en la población y la intención de analizarlos mediante métodos psicológicos, además de los sociológicos. En opinión de los psicólogos de las universidades de Chicago y Ohio, la única manera de explorar el asunto consistía en realizar estudios de caso, puesto que cada persona tiene experiencias singulares. Las técnicas psicológicas constituían una metodología más completa para examinar a los lectores. Ya tiempo antes Waples había pronostica-

do que, cuando dichas herramientas alcanzaran un desarrollo más alto, el tema de los lectores cobraría enorme importancia para investigadores y especialistas de distintas disciplinas.<sup>31</sup>

En suma, las indagaciones llevadas a cabo en Estados Unidos arrojaron luz sobre factores que intervienen en la conformación de las prácticas lectoras y plantearon al respecto explicaciones hoy todavía vigentes. Gracias a ellas se formularon entonces conceptos relativos a la predisposición a la lectura y a los propósitos con que ésta se efectúa: instrumentales, estéticos y de mera distracción, los cuales guardan similitud con ideas modernas si se piensa en las finalidades de la lectura consideradas hoy en día: formativa, informativa y recreativa, así como un medio que crea sociabilidades y contribuye a la inserción social. Asimismo, se concibieron ideas sobre las relaciones entre lectura y materiales disponibles para realizarla, necesidades y motivaciones para leer, valoraciones y emociones ligadas a la lectura, actitudes y condiciones socioculturales y económicas de los públicos lectores, y, también, formas de apropiación de contenidos: identificación con personajes, recuerdos de lecturas, opiniones sobre los contenidos leídos y estados de ánimo que ellos suscitan. También se impuso la certeza de que los bibliotecarios necesitan conocer la psicología de los lectores, pues sólo de esa manera las bibliotecas podrían llevar a cabo el cometido de generalizar la lectura entre los ciudadanos.

### EL ESTUDIO DE LOS LECTORES COMO UNA PRÁCTICA CULTURAL Y RECREATIVA, OBJETO DE LA SOCIOLOGÍA MÁS QUE DE LA BIBLIOTECOLOGÍA

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial de nuevo resurgen con fuerza los temas de la alfabetización, la lectura, el libro, los lectores y la educación permanente, y se intenta atraer la atención de políticos y representantes de la cultura, la educación y también la economía. Aún era alto el porcentaje de la población mundial que no sabía leer ni escribir, y que no recibía educación, pero esta vez las circunstancias

---

31 S. Karetzky. *Op. cit.*, p. 332 y 323.

eran distintas: la población sería pronto el público de los nuevos medios de comunicación masiva, el cine, la televisión, los diarios, y la radio, que avanzaban velozmente en el ámbito informativo y recreativo. Por otro lado, nuevos géneros impresos invadían los mercados editoriales: las historietas y las revistas destinadas a las mujeres que ingresaban a las filas laborales y profesionales. Podríamos decir que a partir de entonces se desencadena una lucha por adueñarse del tiempo libre de los ciudadanos.

En aquellos años, señala Poulain, se conocen las primeras tentativas de estudios sociológicos sobre las actividades culturales de la población francesa, que incluyen a los estratos denominados populares (el movimiento “pop” aparece entonces en el horizonte cultural). Surge un renovado interés por las encuestas nacionales, realizadas también con un enfoque sociológico, que luego son analizadas por Joffre Dumazedier y Jean Hassenforder, quienes ulteriormente las vinculan con la labor de las bibliotecas. Ambos investigadores destacan por sus estudios sobre esparcimiento y cultura popular, los cuales revelan que el número de lectores franceses es cada vez mayor, aunque, en oposición a ello, el tiempo destinado a la lectura disminuye por la influencia de medios como la televisión, y pese a que esta última difunde las actualidades literarias. Asimismo, determinaron que la producción editorial no se adecuaba todavía a las necesidades de los nuevos lectores. En ese entonces, las bibliotecas empezaron a modernizarse, si bien nuevos estudios revelaron que los bibliotecarios poco hacían por promover la lectura. De igual manera, las encuestas evidenciaron que la desigual preparación y distribución de libros entre los franceses continuaba.<sup>32</sup> Ya, desde la misma época en que Waples daba a conocer sus aportaciones, en la década de 1930, el gobierno de Francia advertía la etapa de crisis económica nacional de la que no escapaba el mercado editorial, que pretendía imprimir mayor amenidad al libro y a la lectura para poder competir con medios como la radio y el cine. Se temía un colapso editorial capaz de abatir

---

32 M. Poulain. Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de sociologías de la lectura en Francia en el siglo XX. En *Sociología de la lectura* / comp. Bernard Lahire. Barcelona: Gedisa, 2004. p. 25-26-

el nivel cultural de los franceses, pese a que éstos empezaban a disfrutar más tiempo de ocio. Pero no será, sino hasta después de finalizar la Guerra Mundial que surge entonces el interés por investigar las prácticas de lectura de la población. Al mismo tiempo, en 1950, para extender la lectura en todas las áreas rurales francesas, se emprenden esfuerzos tales como los realizados desde el siglo XIX, cuando se crearon abundantes bibliotecas y se ofrecieron servicios ambulantes para democratizar y promover la lectura y el libro.

En el contexto de la posguerra que se inicia hacia finales de 1945, en un mundo todavía convulsionado que necesitaba recuperar la esperanza, restañar las heridas y devolver la confianza en la humanidad, se afianza la idea del esparcimiento, pues el tiempo libre empieza a regularizarse. En especial en algunos países europeos encabezados por Francia, entre 1945 y 1965 la lectura se considera una fuerza capaz de contrarrestar el influjo de los modelos de la sociedad consumista, además de arraigar las ideas de la educación y la cultura permanentes. Precisamente, la recién creada UNESCO (fundada el 16 de noviembre de 1945) destaca entre sus objetivos el de difundir la lectura y la escritura por ser indispensables para asegurar la igualdad de oportunidades de acceso a la información, la cultura y la educación permanente, mejorar la calidad de la vida individual y colectiva, y, con ello, eliminar la pobreza, suprimir la discriminación y las diversas formas de esclavitud, promover la tolerancia, favorecer la paz, impulsar las manifestaciones artísticas, proteger las lenguas en peligro de desaparición y alentar la convivencia multicultural. Asimismo, desde Estados Unidos se lanza la consigna “freedom of information”, en contra de las “distorsiones” de la propaganda consideradas causantes de la ominosa guerra mundial y también de la amenaza creciente de las ideas totalitarias. Tal libertad de información se constituyó en uno de los pilares del flamante organismo.

En esas circunstancias, Chartier y Hébrard identifican, en la década de los cincuenta el surgimiento de las encuestas socioculturales, y que algunos sociólogos como Robert Escarpit y Joffre Dumazedier introdujeron la lectura en los estudios culturales en el campo orientados a estudiar a los lectores adultos. A diferencia de lo ocurrido durante las primeras décadas del siglo pasado, ahora predomina el

interés por conocer el comportamiento de la lectura en la población juvenil. Así explica este cambio de perspectiva Jean Hassenfoerder: “había que conocer mejor al público de los jóvenes lectores porque ellos son los lectores del mañana, pero también porque esa clientela está en la médula de un conflicto de competencia antigua que la coyuntura aviva; hay que conocerla mejor” y “hay que conocer mejor al público de los servicios y de las secciones documentales”.<sup>33</sup> En algunas bibliotecas se generan registros estadísticos de grupos que las frecuentan. Asimismo, se inician diversos estudios de bibliotecas y lectura, algunos especializados en determinados tipos de publicaciones; así, por ejemplo, en 1959, un grupo de investigadores realiza en bibliotecas municipales una encuesta para analizar la lectura de novelas; otros, en cambio, exploran la lectura de textos políticos, economía y ciencias sociales. Resulta interesante comprobar que en esos casos se regresa al criticado esquema de indagación basada en la circulación de los libros, pues de nuevo se elaboran sistemas de clasificación a partir de los diversos tipos de obras y temas preferidos por diferentes grupos de lectores, y se observa su evolución a lo largo de cinco años. Son precisamente Dumazedier y sus discípulos quienes practican tal tipo de análisis. Por su parte, Hassenfoerder considera que un índice precioso para determinar el nivel cultural de la lectura en una biblioteca es la relación entre el préstamo de novelas y el de obras documentales, pues un bajo índice de este último refleja un afán de evasión más que de instrucción.<sup>34</sup>

Asimismo, aparece otra vez en el discurso la imagen del bibliotecario como educador capaz de revertir la preferencia por lecturas de baja calidad que reflejan los estudios. Para responder a la renuencia de los jóvenes a leer mejores materiales, se concibe e impulsa a los animadores de lectura. En medio de un debate que juzga a los bibliotecarios seres que padecen complejos de inferioridad agravados por la aparición de los documentalistas, cuya importancia va en ascenso,

---

33 Cf. A. M. Chartier y J. Hébrard. *Discurso sobre la lectura: (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa, 1994. p. 218.

34 Cf. A. M. Chartier y J. Hébrard. *Discurso sobre la lectura: (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa, 1994. p. 220.

se efectúan investigaciones según las cuales la sociedad (francesa) se resiste no a la letra, sino a los documentos modernos. Con los conocimientos derivados de análisis y encuestas, se pretende conquistar a los públicos lectores. En la década de los setenta,<sup>35</sup> el nuevo modelo de la bibliotecología obliga al cuerpo profesional de esta disciplina a adquirir la conciencia de que ha comenzado una era también nueva, donde la preocupación por los lectores ha de ser superior a la que despiertan los libros.

Por los mismos años, entre 1960 y 1970, Robert Escarpit, consultor de la Unesco, publica su libro *Sociología de la literatura*, donde aborda, entre otros, el tema de la política del libro y señala que “los escritores, los libreros, los hombres del libro, saldrían ganando con llevar a buen término el estudio sistemático de su público, para conocer mejor sus reacciones y, consiguientemente, los medios de llegar a él”.<sup>36</sup> Para Escarpit era muy importante analizar la situación del lector, que según él no posee un proyecto de lectura, sino una predisposición a ella que depende de su formación escolar, de sus lecturas anteriores, de la información que conoce y en especial de su problemática personal. El lector es un consumidor y, como todos los consumidores, se guía por gustos antes que por juicios. El mismo investigador afirmaba que poseemos sólo una información muy fragmentaria sobre los lectores y que la mayor parte de ella se fundamenta en los testimonios de los bibliotecarios, por lo que resulta insuficiente para obtener conclusiones.<sup>37</sup> Escarpit introdujo en Francia algunas de las ideas planteadas por Waples respecto a la relación entre autores, obras y públicos, aunque les imprimió novedad porque investigaría tal relación ya no sólo en el presente, sino también en el pasado.

En Alemania, señala Christine Garbe, los últimos tres decenios representan un periodo fértil en la investigación de la lectura, al adoptarse el paradigma de la socialización propio de las ciencias sociales, pues en él se incluye la lectura como un proceso interno de madura-

---

35 Cf. A. M. Chartier y J. Hébrard. *Discurso sobre la lectura: (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa, 1994. p. 231.

36 R. Escarpit. *Sociología de la literatura*. España: Oikos-tau, 1971. p. 14.

37 *Ibid.*, p. 11-122.

ción del sujeto que, al apropiarse activamente las normas de la sociedad, construye su propia biografía, y las etapas de ésta pueden relacionarse con rangos de edad de lectura. Ello ha permitido sustituir conceptos considerados antiguos que propiciaban una intervención intencional, como la idea del desarrollo y la educación mediante la lectura. En varias ciencias sociales, tanto en la psicología y la pedagogía como en la lingüística, la teoría de la recepción ha revelado a un lector activo que, al consumir el acto de la lectura, realiza un proceso de construcción de sentidos y significados. Según Garbe, en las encuestas realizadas mayoritariamente entre niños y jóvenes estudiantes alemanes que han alcanzado una socialización plena mediante la lectura y las clases de literatura de las escuelas básicas y el bachillerato, unos y otros siguen teniendo la necesidad de formular y verificar, por medio de la literatura, sus interpretaciones referidas a ellos mismos y al mundo.<sup>38</sup> Por otra parte, los investigadores alemanes aspiran a responder estas preguntas: ¿cómo se convierte un niño, un joven o un adulto en un lector asiduo? ¿Qué factores, influencias e instituciones de oferta editorial son especialmente importantes para una “carrera de lector” exitosa? ¿Qué consecuencias tiene la lectura (de literatura) sobre el proceso de socialización (o desarrollo de la personalidad)? ¿Qué funciones desempeña la lectura y qué significados subjetivos aporta para desarrollar la capacidad de acción social y la formación de la identidad personal de un sujeto en la colectividad actual, llamada “sociedad de los medios de comunicación, del saber y de la información”?<sup>39</sup> Una vez más, esta interrogante insiste en cuanto a los efectos de la lectura en las personas.

En esa época surge y crece el interés por estudiar las mentalidades y la vida cotidiana no sólo del presente, sino también del pasado; entonces se da la bienvenida a otras disciplinas, entre ellas la historia y la bibliología, que incorporan elementos sociológicos y el método hermenéutico al análisis del fenómeno de la lectura y los lectores. A

---

38 C. Garbe. Investigación de la lectura en Alemania. Métodos y resultados. En *Seminario de Lectura: pasado, presente y futuro* / comp. Elsa M. Ramírez Leyva. México: UNAM, CUIB, 2005. p. 152.

39 *Ibid.*, p. 128-131.

partir de estas aportaciones, se ha buscado conocer incluso a los lectores y las prácticas de lectura de otras épocas y, en general, la cultura escrita desde sus orígenes hasta el presente, afán que, lejos de desfallecer, continúa su curso en los ámbitos académicos, donde se sigue indagando acerca de la evolución histórica de los lectores en vínculo estrecho con las trayectorias de la edición, la alfabetización y las bibliotecas, como lo ilustran la *Historia de la lectura*, de Roger Chartier y Guglielmo Cavallo, e historias generales o nacionales entre las que destaca *La historia de la lectura en México*, obra colectiva de un seminario coordinado por Josefina Zoraida Vázquez.

Entre 1969 y 1970, surgen también las culturas populares y la democratización de la cultura, con destellos del pensamiento socialista. La influencia de la sociología, el psicoanálisis y una pedagogía renovadora y emancipadora de la opresión caracterizan muy señaladamente el periodo y dotan de gran interés a los estudios cualitativos que intentan interrelacionar al sujeto, la cultura escrita y la sociedad. Destacan aportaciones teóricas de los franceses Michel de Certeau y Pierre Bourdieu, y del brasileño Paulo Freire, quienes proponen ricos enfoques inter y multidisciplinares que imprimen un radical giro a los estudios de lectores realizados por sociólogos, antropólogos e historiadores, entre otros científicos.

En diferentes países se manifiesta interés por medir los resultados de las políticas culturales y con ello se inicia la tradición de las encuestas culturales, que comprenden aspectos como la lectura y las bibliotecas. Sobresalen al respecto las investigaciones francesas, cuya influencia se ha extendido incluso a México, donde en 1993 el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes encomendó a un grupo de especialistas la realización de la *Encuesta Nacional de Prácticas y Consumo Culturales*, en los cuales se abre un capítulo a la lectura, el libro, la biblioteca y las librerías. El segundo de esos sondeos, que abarca a todo el país, titulado *Encuesta Nacional de Lectura*, se incluye el tema de Internet. Estas prospecciones sobre la cultura buscan cada vez más elementos para comprender los valores de los diferentes públicos.

## EL ESTUDIO DE LOS LECTORES EN PROCESO DE EXTINCIÓN O DE TRANSFIGURACIÓN

Durante la década de los ochenta, aparecen alarmantes signos de un fenómeno extraño: la declinación de lectores de libros pese a que la enseñanza básica se universaliza, la producción de libros sigue creciendo en números, calidad y variedad, y las bibliotecas públicas se renuevan, multiplican y perfeccionan. Dos décadas antes, hacia 1960 –señalan Chartier y Hébrard–, las explicaciones sobre la crisis de la lectura giran en torno a tres descubrimientos: la competencia de los medios audiovisuales, el fracaso escolar en las escuelas de masas y la victoria de las ciencias sobre las letras.<sup>40</sup> Cada vez más investigadores, desde disciplinas diversas como Filosofía, Antropología y psicoanálisis, contribuyen a enriquecer el tema con nuevas concepciones y enfoques que profundizan el examen de las mentalidades y los comportamientos de los lectores. También es claro el interés por ahondar en cuestiones más complejas como la construcción del sentido, el significado y los valores, es decir las representaciones; asimismo, las prácticas de lectura se exploran con el fin de conocer aspectos sociales y privados de los lectores. Se experimenta un notable cambio epistemológico en la forma de escrutar al lector, ahora mediante metodologías cualitativas, propias de la investigación de campo, de la etnología, la etnohistoria y el psicoanálisis. Mediante las entrevistas profundas y las historias de vida se construyen las trayectorias de lectura y, gracias a ello, se revela su índole no siempre progresiva, pues en las prácticas de lectura se suceden avances y retrocesos; también resaltan las contradicciones manifiestas entre las declaraciones (representaciones) de los lectores y sus prácticas reales, y, a la vez, los nuevos factores que determinan los altibajos e incongruencias de esas trayectorias de lectura. Para teorizar e integrar nuevas tipologías de lectores se aprovechan los estudios de caso, en particular los que brindan explicaciones cualitativas respecto a la singularidad de las representaciones personales, las relaciones con los

---

40 A. M. Chartier y J. Hébrard. *La lectura de un...Op. cit.*, p. 46.

libros y las bibliotecas, el significado construido mediante la lectura, las distintas prácticas de lectura y la formación del sujeto lector, en el cual se considera que está contenida la humanidad misma.

En el mismo periodo se fortalecieron además los estudios sobre las prácticas culturales que, como señalamos, comprenden la lectura y el libro vinculados con fines de entretenimiento. Tales investigaciones, si bien responden al modelo de las encuestas de corte cuantitativo, comienzan a indagar aspectos cualitativos y valorativos. Al investigarse la actividad cultural, aparecen ya notables diferencias: una gama muy amplia de prácticas de lectura, sobre todo correspondientes a las distintas clases sociales.

Los procedimientos teórico-metodológicos cualitativos contribuyen a revelar aspectos y a formular conocimientos que las encuestas ocultan y obstaculizan, respectivamente, ya que aquellos son intraducibles al lenguaje de los números. Esos métodos han concedido por fin la palabra al único que contaba con pleno conocimiento de su historia: el lector. En la medida en que se interioriza la trayectoria de vida, se observan comportamientos que se sustraen a la mirada de concepciones reduccionistas, debidas al uso inadecuado de los estudios estadísticos basados en determinismos sociales, específicamente de clases sociales y escolares, pues fijaban de manera permanente a los lectores en una tipología que las encuestas sólo buscaban confirmar. Gracias a los procedimientos teórico-metodológicos multidisciplinarios, el propio lector aporta elementos para comenzar a romper dichos determinismos, pues hacen aflorar en toda su complejidad la conformación de las prácticas lectoras y la vinculación de éstas con otros factores. Los estudios cualitativos de las trayectorias de lectura de grupos cada vez más específicos han penetrado en dimensiones más profundas de las conductas lectoras. De ahí, igualmente, el interés por conocer el proceso de formación de actitudes y prácticas de los lectores, y la evolución de la cultura escrita. El deseo de inspeccionar estos fenómenos no sólo en el presente, sino también en el pasado, ha propiciado un auge de los estudios históricos.

## EL ESTUDIO DE LOS LECTORES EN MÉXICO

En 1986, a unos cuantos años de crearse el Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB) de la Universidad Nacional Autónoma de México, María Trinidad Román Haza introdujo la lectura como una línea de estudio de la Bibliotecología. Después de concluida su indagación sobre usuarios de las áreas de Física y Química, identificó la problemática de la lectura. Desde sus primeras pesquisas, se apoyó en procedimientos teórico-metodológicos cualitativos, en especial la entrevista profunda, para identificar los factores que intervienen en la formación de “lectores ávidos”. Otra importante aportación suya es que introdujo el concepto de conducta lectora en lugar de hábitos de lectura. Asimismo, abordó el tema de las prácticas de lectura en grupos vulnerables y con capacidades diferentes, mediante investigaciones caracterizadas por su enfoque cualitativo. Román Haza puede considerarse precursora del estudio de los lectores en el campo de la Bibliotecología mexicana que ha cultivado el CUIB. Este último ha formado incluso profesionales e investigadores mediante el posgrado en Bibliotecología, del que es corresponsable y en el que se desarrollan tesis sobre los lectores basadas en diferentes técnicas, entre ellas las de historias de vida.

En cuanto a la primera encuesta nacional de lectura emprendida en México en 1985 por bibliotecarios bajo el título de *Bibliotecas públicas y conducta lectora: investigaciones*, concretamente por el Departamento de Investigación de la Dirección General de Bibliotecas (DGB, CONACULTA), y aplicada en hogares, abarcó aspectos como los hábitos de lectura, la motivación para leer, el uso de la imagen y de la biblioteca. Otro estudio más, realizado el mismo año, lo representa una encuesta llevada a cabo para conocer los efectos del taller “Mis vacaciones en la biblioteca”, llevado a cabo en la población infantil, y, más tarde, la percepción de los bibliotecarios acerca de dicho taller. Esos estudios fueron coordinados por la propia titular de la DGB, Ana María Magaloni, quien con su liderazgo logró hacer salir a las bibliotecas públicas de un estado general de precariedad, pues su número era ínfimo respecto a la población y, salvo algunos casos, sus locales y servicios eran inadecuados e ineficientes, sus coleccio-

nes reducidas y vetustas –y en algunos casos se hallaban en mal estado– y su personal insuficiente; además, algunas se hallaban cerradas al público. En varias de ellas el tiempo se había detenido en la década de los veinte, cuando el entonces Secretario de Educación Pública José Vasconcelos las había inaugurado como instituciones públicas modernas y articuladas al proceso educativo. Quintana Pali consigna, entre 1921 y 1924, 2426 bibliotecas, 283 de ellas públicas y 19 ambulantes.<sup>41</sup> No se conocen datos sobre estudios de lectores realizados antes de 1985. Algunas bibliotecas, en sus informes, incluían cifras relativas al número de lectores que acudían diariamente a ellas. Cabe señalar que en los dos primeros congresos de la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos no se hace referencia de manera explícita a los lectores, aunque en el segundo de ellos se menciona el diseño de estrategias de propaganda para atraer a niños y adultos.

## SIGLO XXI: ILETRISMO, HIBRIDISMO Y EVALUACIÓN

Hacia fines del siglo pasado, el surgimiento de la tecnología digital y los resultados poco halagüeños de evaluaciones sobre las competencias de lectura y escritura, así como una aparente disminución de la frecuencia de la lectura de libros, obligaron a plantearse preguntas sobre la posibilidad de conocer en profundidad la actividad lectora. Asimismo, se abrieron debates sobre las formas de estudiar las representaciones y prácticas lectoras, el fenómeno del iletrismo, los cambios que los nuevos medios de comunicación generan en las actitudes y comportamientos de los lectores y el papel que toca desempeñar a la biblioteca en la formación de estos últimos. Como ahora se considera a la lectura un problema educativo y cultural, en el ámbito académico han surgido interesantes polémicas epistemológicas, precisamente centradas en los procedimientos teórico-metodológicos necesarios para indagar en forma particular acerca de los complejos factores de naturaleza diversa que conforman las prácticas

---

<sup>41</sup> G. Quintana Pali. *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*. México: SEP, DGB, 1998. p. 248.

sociales de la lectura. Dicha complejidad se desprende de la suma de peculiaridades de la historia del sujeto lector y de las variables circunstancias personales históricas y sociales que determinan su trayectoria de lectura. El investigador que busca conocer, comprender e interpretar dichas prácticas debe desentrañar la forma en que surgen sus mecanismos de funcionamiento, para luego articularlos con los fenómenos culturales y sociales mediatos e inmediatos, al mismo tiempo que establece sus vínculos con las eventualidades propias del ciclo de la comunicación escrita. Por tanto, el tema de los procedimientos empleados para construir conocimiento sobre la lectura cobra particular importancia, puesto que al seleccionarlos de manera atinada se obtienen los medios para revelar aspectos invisibles e intangibles del comportamiento lector, en particular ahora, cuando la lectura experimenta profundas transformaciones. En efecto, las condiciones sociales de las actuales generaciones de lectores son muy diferentes de las precedentes, ya que sus miembros han incorporado a su capital cultural nuevas representaciones y prácticas sociales, tecnologías de información, sistemas y medios de comunicación que implican referentes distintos y exigen nuevas competencias para interactuar con la cultura escrita y audiovisual contemporánea, donde convergen, al mismo tiempo, la revolución del soporte (la pantalla), de la estructura (la hipertextualidad) y de las prácticas de lectura (las estrategias híbridas).

Por lo menos tres fenómenos relacionados con la lectura distinguen a la sociedad del siglo XXI, denominada de la información o del conocimiento. El primero, al que podemos denominar *hibridismo*, lo constituye el radical cambio de la comunicación escrita representado por la Internet y el creciente desarrollo del sector que la impulsa. Aunque esta poderosa tecnología aún no se ha masificado, tiende notoriamente a hacerlo, como puede apreciarse en las metas propuestas durante la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información. Encuestas y estudios revelan un incremento progresivo en la preferencia por los medios cibernéticos y digitales. Por otro lado, los lectores que frecuentan la Internet, de edades cada vez más tempranas, constituyen generaciones que dominan estrategias de lectura hí-

brida, porque interactúan con dos medios diferentes a la vez, el impreso y el digital, así como con texto e imagen, y desarrollan destrezas y prácticas también distintas, aunque integradas a sus trayectorias de lectura.

El segundo fenómeno, el *iletrismo*, consistente en un progresivo abatimiento de la práctica lectora y de la eficiencia de las competencias de lectura y escritura, no parece corresponder al incremento de la escolaridad de la población mundial ni a la reducción de los índices de analfabetismo. Por lo menos, han surgido serias dudas en cuanto a las teorías, certezas y supuestos relativos a la multiplicación exponencial de lectores frecuentes y buenos lectores en la medida en que se elevaría el número de alfabetizados, el de las personas que concluyen la educación básica y el de los años de escolaridad, en que se ampliaría la oferta editorial y en que se difundiría el fácil acceso a los libros y a la lectura mediante mejores formas de distribución y el incremento del número de bibliotecas. Estudios de carácter internacional y nacional revelan que, incluso en algunos países desarrollados, las destrezas en la lectura pierden terreno, en parte debido a prácticas de lectura insuficientes y otro tanto a fallas de los responsables de formar lectores –familia, escuela y bibliotecas, por un lado, y, por otro, medios masivos de comunicación, que con sus ofertas de información y entretenimiento fáciles tienden a disminuir la capacidad de realizar esfuerzos intelectuales y físicos.

El tercer fenómeno, derivado del anterior, es el resurgimiento del interés por conocer, medir y evaluar tanto las competencias como las prácticas de lectura. Así, organismos nacionales, regionales e internacionales llevan a cabo evaluaciones y encuestas periódicas que las miden específicamente. Con tal fin, han creado ya parámetros de estimación y procuran definir modelos educativos globalizantes dirigidos a elevar las exigencias en las competencias lectoras. Concretamente, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), que realiza un Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes (PISA), pondera los niveles de dominio de la lectura, las matemáticas y las ciencias entre jóvenes de 15 años que concluyeron los niveles de educación primaria y media en 40 países. Asimismo, cada vez son más frecuentes las Encuestas Nacionales de

Lectura en México, las más recientes de las cuales son la Nacional de Cultura 1994 y la Nacional de Lectura 2005. Es oportuno señalar que esta última cubre varios aspectos cualitativos y que por ello puede considerarse un avance importante, pues de los indicios que brinda podrían desprenderse investigaciones tendientes a verificar los datos obtenidos mediante la encuesta o formular nuevas preguntas para profundizar los conocimientos sobre todo lo relativo a la lectura.

Por otro lado, en los ámbitos académicos y profesionales se diseñan indagaciones fundamentadas en procedimientos teórico-metodológicos que responden a enfoques inter y multidisciplinarios, cualitativos y cuantitativos. Algunos de ellos integran diferentes métodos, encuestas, debates y entrevistas, así como trayectorias de vida que han permitido despejar concepciones arraigadas sobre los lectores. Destacan los estudios que han logrado innovar el concepto de lector al integrar enfoques sociológicos, psicoanalíticos, antropológicos, pedagógicos e históricos, como lo han hecho Joëlle Bahloul, Michel Peroni, Michèle Petit, Charles Sarland, Berand Lahire, Anne-Marie Chartier, entre otros.

Desde luego, las investigaciones estadísticas conservan su importancia porque permiten medir y contrastar los cambios que experimentan las prácticas sociales, además de vislumbrar diversas problemáticas. Sin embargo, la perspectiva cuantitativa ya no es por supuesto la única adoptada para conocer y explicar el fenómeno de la lectura y las configuraciones de las tipologías de lectores. En suma, existe una tendencia a indagar aspectos que van más allá de quiénes leen y para qué, cuánto, qué y dónde leen, y de determinar si se compran libros, porque la tendencia actual consiste en revelar aspectos estructurales tanto de la formación de lectores como de las diferencias en las prácticas lectoras, de las concepciones y valoraciones referentes a la lectura de libros, del funcionamiento de las bibliotecas, las librerías y la Internet, y de las variantes de las trayectorias de lectura y los factores que las determinan. Otro aspecto que se explora también es el relativo a los conceptos sobre lectura y lectores que orientan las encuestas e investigaciones.

## CONCLUSIONES

Cuando en las sociedades decimonónicas, principalmente las occidentales, se impone un nuevo ritmo al proceso de industrialización y democratización en busca del progreso, la cultura escrita, hasta entonces privilegio de la población letrada formada por las comunidades aristocráticas y adineradas, sale a las calles para conquistar a un pueblo hasta entonces anónimo. Entonces se hace visible e importante, para unos porque ciertas luchas sociales y políticas se libraron en su nombre y para otros porque el nuevo modelo de producción industrial requería la mano de obra de un nuevo tipo de trabajador que integraría la experiencia de artesanos y campesinos. Por otro lado, tanto por el triunfo del modelo científico para conocer la realidad y la verdad, que daba primacía a la razón sobre los dogmas y actos de fe, como por el desarrollo de las disciplinas del hombre y del espíritu generado por la necesidad de estudiar a ese *pueblo* enigmático que ahora adquiriría voz y derechos, tales disciplinas reclaman su estatus de ciencias. El conjunto de esas circunstancias liberó a la cultura escrita y la socializó junto con la educación. El imperativo de alfabetizar e instruir al pueblo, con especial atención a la población adulta, se funda en la certeza de que los “buenos libros” puestos en las manos de las personas por las flamantes bibliotecas públicas, populares y escolares, las transformarían en seres preparados y responsables. A la par, quienes controlan la actividad editorial encuentran el momento favorable para expandirla entre los nuevos lectores y disponer de un mercado sin precedentes. En el marco del proceso de transformación educativa del pueblo y ante la importancia creciente del libro, las bibliotecas y, fundamentalmente, los lectores, convertidos ya en los nuevos protagonistas de dicho proceso, la actividad lectora deviene en importantísimo objeto de estudio. En otras palabras, la actividad bibliotecaria empírica se enfrenta a un cambio de paradigma, pues ahora su función es claramente social. Los lectores subvierten el orden antiguo, porque ahora ellos serán el centro de la atención. El atesoramiento de los libros, relegado a un segundo término, sólo tendrá sentido si se reserva un uso a esos preciados objetos. Como a principios del siglo XX persistía la arraigada creencia en

el poder transformador de los buenos libros ofrecidos por las bibliotecas, la función bibliotecaria se articulaba al proceso educativo, pero ese ideal se vio empañado debido a que el sector editorial distribuía literatura de muy diversas calidades, unas veces con fines de entretenimiento y otras por razones de tipo político. Por lo mismo, cada vez fue mayor la presión para que se examinaran las costumbres de lectura del pueblo, en especial de los adultos, y se determinaran los materiales leídos. Los bibliotecarios empezaron así a analizar la circulación de sus colecciones y a establecer relaciones temáticas por medio del sistema de clasificación. Asimismo, en algunos estudios sociales donde se empezó a emplear el método de la encuesta, se incorporó el tema de la lectura. Poco a poco, gracias a algunos análisis empíricos, se descubrió que los públicos recientemente ingresados en las filas de alfabetizados e instruidos frecuentaban más la literatura de imaginación que la de carácter instructivo, al mismo tiempo que se evidenciaba la complejidad del estudio de los lectores.

Al inicio del siglo XX, comienza a gestarse un movimiento de transformación en el ámbito bibliotecario debido a que su función de preservar los libros y hasta protegerlos de los lectores mismos cambia radicalmente, pues ahora esos objetos serán importantes sólo si circulan, si son utilizados, si forman parte de colecciones funcionales para la instrucción del pueblo. Este movimiento, que toma especial fuerza en América y en algunos países de Europa, propicia la formación universitaria de los bibliotecarios. En Estados Unidos destaca en especial una institución de vanguardia: la de Graduados de Bibliotecología de la Universidad de Chicago. Otra casa de estudios que, si bien no alcanzó los niveles de la anterior, alcanzó gran relevancia fue la escuela de la Universidad de Londres. En el cuerpo docente y en la matrícula de estudiantes de esas instituciones, así como en la dirección de las bibliotecas públicas, ingresaron personas formadas en diferentes disciplinas. Algunas de ellas, por sus conocimientos de Sociología, Pedagogía, Psicología y otras ciencias, se enfocaron en los públicos lectores, en la lectura y en las bibliotecas, y formularon las bases teóricas de la función social de la biblioteca y los bibliotecarios, al igual que de los procedimientos del estudio científico de aspectos relacionados con la Bibliotecología, cuyo eje central era el lector. Po-

demos decir que se inicia así el proceso epistemológico de la Bibliotecología. En efecto, esta disciplina se transforma cuando se aprecia su valor trascendental para la construcción de una nueva sociedad que no ha cesado de desarrollarse, puesto que factores políticos, económicos, culturales, sociales y tecnológicos incorporan elementos que transfiguran tanto los paradigmas como el propio ciclo de la comunicación escrita y, de la misma manera, su lazo con la sociedad. En suma, los lectores están presentes en la construcción del conocimiento y en torno a ellos surgen la reflexión epistemológica y los marcos teórico-metodológicos sometidos a revisión. Los estudios hasta ahora realizados revelan continuidades, rupturas y cambios en las concepciones sobre la lectura, el sujeto lector y las prácticas sociales de la lectura fundadas en ideas –y no pocas veces en creencias convertidas en verdades– y materializadas en discursos, además de otras formas de representación que funcionan como un sistema interpretativo de la realidad y determinan las valoraciones y las relaciones de los individuos con su entorno físico y social; es decir, que determinan comportamientos lectores y modos de transmitir, institucionalizar y legitimar la lectura, aparte de suscitar gestos y actitudes plasmados incluso en los objetos escritos y en sus contenidos. Los bibliotecólogos pioneros, con sus agudas percepciones y sus notables inteligencias, observaron que la Bibliotecología debía buscar filosofías, enfoques y procedimientos propios con los que se obtendrían evidencias científicas. Sin duda, esos forjadores han abonado el terreno donde se desvanecen los dogmas, en especial los relativos al poder transformador de la palabra escrita por el solo hecho de que alguien la posea, es decir cuando ese alguien ha adquirido las competencias de la lectura y la escritura, que se aprenden de una vez para siempre y además son suficientes para transformar a sujetos y a pueblos enteros, y de ese modo alcanzar el progreso.

Desde los primeros estudios de lectores, pueden identificarse enfoques provenientes de la Sociología, la Psicología y la entonces denominada Bibliología, en una época en que estas disciplinas intentaban crear sus propias metodologías y probar su estatus científico, aunque muchos de sus objetos, de naturaleza humana y social, no podían ser demostrables de la misma manera que en las ciencias

exactas y naturales. No obstante, de éstas tomaron criterios como el de la medición, y sus correspondientes técnicas e instrumentos, aunque adaptados. Efectivamente, empezaron a diseñarse encuestas y prospecciones estadísticas que buscaban medir los comportamientos lectores y que revestían enorme utilidad por los indicios que ofrecían. Pero estos descubrimientos han dado lugar a interrogantes sobre cuestiones relacionadas con las condiciones sociales, o bien con aspectos culturales, psicológicos y estéticos, así como con reflexiones filosóficas e históricas. Según los autores de esos cuestionamientos, las herramientas cuantitativas resultan limitadas, de tal suerte que se requieren metodologías cualitativas para penetrar y desvelar la complejidad y las intimidades del acto y las prácticas lectores, aunque desde luego también los estudios cualitativos tienen limitaciones, en especial respecto a estudios donde se practica el seguimiento periódico, como se pretende en la actualidad.

A lo largo del siglo XX, identificamos en los estudios de lectura tres momentos que podemos considerar hitos por las teorías y los procedimientos usados al abordarla. En un inicio, cuando el paradigma de la lectura se orientaba a la actividad educativa del pueblo, los estudios aspiraban a corroborar que ese paradigma se cumplía. En un segundo momento, durante la posguerra, justo en la segunda mitad del siglo, se agrega un nuevo paradigma: la lectura como cultura; en esa época, lo deseable es lograr que el pueblo, falto de dicha cultura, lea literatura para adquirirla y, a la vez, entretenerse. En un tercer momento, claramente apreciable en este comienzo del siglo XXI, se afianza otro paradigma: la lectura como fuente de datos que permite insertarse en la Sociedad de la información y el conocimiento. Por otra parte, paulatinamente, las teorías y procedimientos metodológicos que tendían a separarse y hasta pensarse de manera antagónica en términos cuantitativos –en que se privilegia la medición y experimentación de grupos– y cualitativos –en que se intenta una inserción profunda en los aspectos íntimos del lector individual– se acercan, articulan y complementan. Hoy se tiene la certeza de que en la actividad lectora y en la relación íntima que une al lector con el texto concurren muy diversos y complejos factores intrínsecos y accidentales. Para descubrirlos y revelar de qué modo influyen en la conformación

de las conductas y las actitudes lectoras es indispensable recurrir a teorías y métodos de las humanidades y las ciencias sociales, aunque conviene aclarar que no siempre se excluye el elemento cuantitativo, pues todo depende de la problemática en cuestión. La diferencia es que los métodos cualitativos son apropiados para explorar una relación personal con el sujeto que se pretende conocer, contenida en las representaciones que se intenta describir y comprender, de manera que abarcan tanto la declaración como la interpretación. Por tanto, los métodos cuantitativos y cualitativos tendrán que seguir su desarrollo para conocer a los lectores en proceso de transfiguración .

Por lo mismo, en la actualidad, la Bibliotecología de hoy, como la de hace un siglo, deberá despejar preguntas que no cesan de fluir: ¿qué relaciones han establecido los lectores con la práctica lectora y con los diferentes materiales textuales? ¿Quiénes y cómo han sido los mediadores de lectura en sus vidas? ¿Qué leen los lectores? ¿Cuándo, dónde, por qué y para qué leen? Asimismo, ¿por qué no leen? ¿Qué factores han contribuido a alejarlos de los libros y la lectura placentera o a acercarlos a ellos? Sin duda, las aportaciones de los estudios modificarán las concepciones de la lectura y de los lectores, y por consiguiente las respuestas a tales interrogantes.

La complejidad social, con sus periodos de cambios y de latencias, nos plantea una certeza apreciable a lo largo de este rápido (y todavía incompleto) recorrido por los estudios de los lectores: que la problemática relacionada con los lectores no cambia, porque las innovaciones nos vuelven extraños y, así como el entorno del ser humano tiende a cambiar debido a la enorme capacidad de este último para reinventarlo, recrearlo y transformarlo, con la naturaleza humana siempre hay que comenzar de nuevo. Como lo decía Hannah Arendt, “El hombre, aunque ha de morir, no ha nacido para eso, sino para comenzar”.<sup>42</sup>

---

42 L. Guerrero. Hannah Arendt. En *La compañía de los libros* no. 24, p. 15.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abrir las ciencias sociales* / coord. Immanuel Wallerstein. México: UNAM; Siglo XXI Editores, 2004. 114 p.
- Alfaro López, H. Guillermo. Investigación bibliotecológica y teoría: una relación ambigua. En *Investigación bibliotecológica: archivonomía, bibliotecología e información* jul./dic. 2005, vol. 19, no. 39, p. 73-96.
- Bahloul, Joëlle. *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los "poco lectores"*. México: FCE, 2002. 163 p.
- Bibliotecas públicas y conducta lectora: investigaciones 2* / CONACULTA. México: CONACULTA, Dirección de Bibliotecas, 1989. 150 p.
- Bibliotecas públicas y conducta lectora: investigaciones 3* / CONACULTA. México: CONACULTA, Dirección de Bibliotecas, 1989. 145 p.
- Bibliotecas públicas y conducta lectora: investigaciones 4* / CONACULTA. México: CONACULTA, Dirección de Bibliotecas, 1989. 131 p.
- Certeau, Michel de. *La cultura plural* /trad. Rogelio Paredes. Buenos Aires: Nueva visión, 1999. 207 p. (Cultura y sociedad)
- Chartier, Anne-Marie y Jean Hébrard. *La lectura de un siglo a otro. Discursos sobre la lectura (1980-2000)*. España: Gedisa, 2002. 205 p. (Colección Lea; 22).
- Chartier, Anne-Marie y Jean Hébrard. *Discurso sobre la lectura: (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa, 1994. 583 p.

*Tópicos de investigación en Bibliotecología y sobre la Información ...*

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. España: Gedisa, 2002. 276 p.

Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*. Madrid: Alianza Editorial, 1993. 316 p.

Chubarian, O. S. *Bibliotecología general* / trad. Antonia Tristán Pérez. La Habana: Ministerio de Cultura, Científico-técnica, [198?]. 367 p.

Escarpit, Robert. *Sociología de la literatura*. España: Oikos-tau, 1971. 124 p. (¿Qué sé?; 61)

Filho, Danilo Marcondes de Sousa. La intersubjetividad en el discurso y la construcción de la realidad. [en línea] En *Revista de Ciencias Humanas*, núm. 22. <<http://www.utp.edu.co/~chumanas/revistas/revistas/rev22/areiza.htm>.> [Consultada:03/01/07]

Freire, Paulo. *La importancia de leer y el proceso de liberación*. 3ª ed. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985. 176 p.

*Los fundamentos de la educación bibliotecológica* / comp. Jesse H. Shera [et al.]. México: UNAM, CUIB, 1990. 520 p. (Monografías; 9)

Garbe, Christine. Investigación de la lectura en Alemania. Métodos y resultados. En *Seminario de Lectura: pasado, presente y futuro* / comp. Elsa M. Ramírez Leyva. México: UNAM, CUIB, 2005. p. 128-159

Garrigós Monerris, José Ignacio. *Pierre - Guillaume - Frédéric Le Play, 1806-1882 : biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas*  
<<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=6459&ext=pdf&portal=0>> (Tesis) [Consultada: 18/03/07]

*Historia de la lectura en México. Seminario de historia de la educación en México*. México: El Colegio de México, Ediciones del Ermitaño, 1988. 383 p.

*Historia de la lectura en el mundo occidental* / dir. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier. Madrid: Tauros, Santillana, 1998. 585 p.

*History Of Evansville Vanderburgh Public Library*. [en línea]  
<<http://www.evpl.org/NewBuildings/history.shtml>> [Consulta: 18/02/07]

Iser, Wolfgang. *El acto de leer. Teoría del efecto estético* / trad. J.A. Gimbernat. Madrid: Taurus, 1987. 357 p. (Persiles; 176)

Karetzky, Stephen. *Reading research and librarianship. A history and analysis*. Connecticut: Greenwood Press, 1982. 385 p.

Peroni, Michel. *Historias de lectura. Trayectoria de vida y de lectura* / trad. Diana Luz Sánchez. México: FCE, 2003. 171 p. (Espacios para la lectura)

Petit, Michèle. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: FCE, 1999. 196 p. (Espacios para la lectura)

Poulain, Martine. Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de sociologías de la lectura en Francia en el siglo XX. En *Sociología de la lectura* / comp. Bernard Lahire. Barcelona: Gedisa, 2004. p. 17-58.

Quintana Pali, Guadalupe, C. Gil Villegas y G. Tolosa Sánchez. *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*. México: SEP, DGB, 1998. 485 p.

Roman Haza, María Trinidad. Una aproximación a la conducta lectora. En *Edición Conmemorativa del X Aniversario del CUIB. En torno a la investigación Bibliotecológica* / comp. Estela Morales Campos y Elsa M. Ramírez Leyva. México: UNAM, CUIB, 1992. p. 19-23.

Roman Haza, María Trinidad. El enfoque educativo centrado en la persona y el gusto por leer. En *Educación y biblioteca* nov. 1995, año 7 no. 62, p. 56-58.

*Tópicos de investigación en Bibliotecología y sobre la Información ...*

Roman Haza, María Trinidad. En torno a la conducta lectora. En *Libros de México* oct./dic. 1999, no. 53, p. 11-24.

Roman Haza, María Trinidad. *Necesidades y comportamiento informativo de los estudiantes de la licenciatura de las carreras de química y física*. México: UNAM, CUIB, 1986. 116 p. (Monografías; 3)

Sarling, J.H. y D.S. Van Tassel. *History of Community Analysis*. [en línea] <[http://skyways.lib.ks.us/pathway/ca\\_history.html](http://skyways.lib.ks.us/pathway/ca_history.html)> [Consultada: 18/03/07]

Signorini, Anna. *Las imágenes del lector fuerte en las investigaciones europeas*. [en línea] <[http://www.grinzane.net/AttiviOsserva2003\\_SPA.html](http://www.grinzane.net/AttiviOsserva2003_SPA.html)> [Consultada: 05/01/0]

*Sociología de la lectura* / comp. Bernard Lahire. España: Gedisa, 2004. 204 p. Colección Lea; 23).

Terbille, Charles I. Competing models of library science: Waples-Berelson and Butler. En *Libraries and Culture summer* 1992, vol. 27, no. 3, p. 298-319.